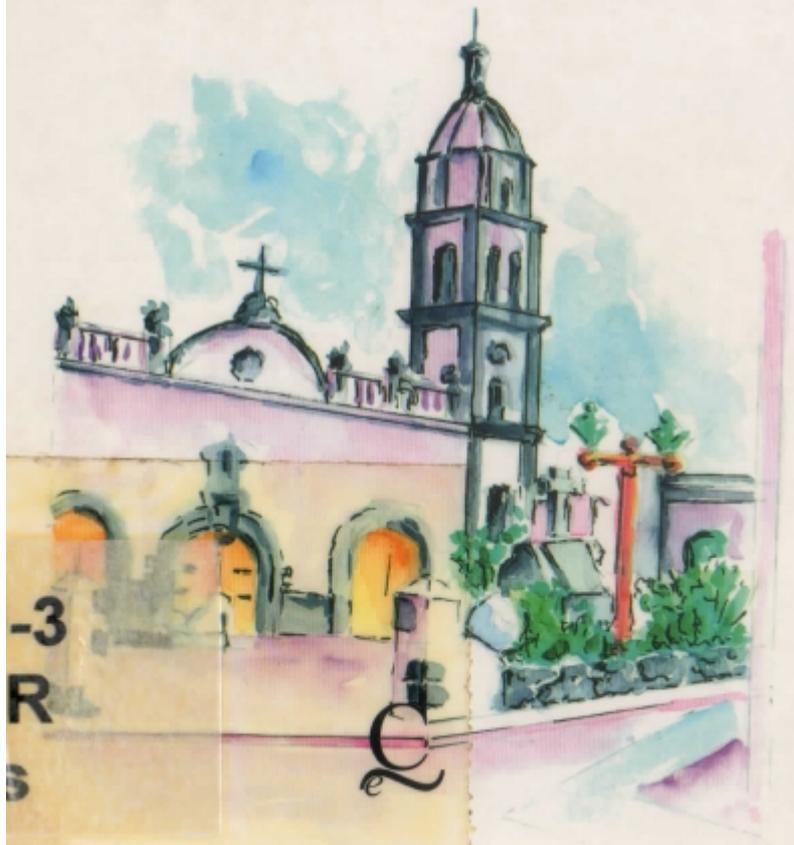


Antonio Lorenzo
MÁS HISTORIA MENUDA



ÍNDICE

- PRÓLOGO
- LA COMETA
- POETA Y BOHEMIO
- DON JUAN PERFUME
- EL JUSTO MEDIO
- LOS CIGARRONES
- BICHO
- CASA DE LA CULTURA
- DON ISACC VIERA
- PARRANDAS
- SEMANA SANTA
- VIENTO
- UN DOMINGO EN SAN BARTOLOMÉ
- DESEMPLEO
- COSTUMBRES FUNERARIAS
- RECOVA Y CEMENTERIO
- GUAYARE
- EL BODEGÓN DE CÉSAR
- UN PRESIDENTE DESAMPARADO
- LA FIEBRE DEL ORO
- DON RAFAEL
- EL MARQUÉS
- DON NEMESIO
- GIGANTES Y CABEZUDOS
- EL PINO
- MANOLO EL BETUNERO
- LA PESCA
- EL TELÉFONO
- MEMORIA HISTÓRICA
- AÑORANZAS
- NAVIDAD
- COSTUMBRES RELIGIOSAS
- NOTICIAS PERDIDAS EN LA MEMORIA

Prólogo

ANTONIO LORENZO Y MÁS HISTORIA MENUDA

Legado de sensatez

A Antonio Lorenzo Martín. De su lectura, también de sus otras cualidades, me viene la pasión y el interés de escribir.

Mucho tiempo antes de que la vida me regalara facultades para reproducir mentalmente objetos ausentes y crear imágenes mentales de algo no percibido antes o inexistentes, mis padres emplearon la tradición oral y el verbo cálido para ayudar a que mi imaginación soñara un tiempo, el espacio, unas personas que no conocí. Casi de puntillas, cimentaron en mí la historia de Lanzarote, de Arrecife.

Así, serían pioneros en roturar en mi mente descuajada un mundo de conocimientos. Aún sin contar con el ingenio que, años más tarde, discurriría haciéndome entender que es necesario registrar y estudiar los procesos que conforman las historias de los pueblos, de las personas, de los elementos.

Aquella suerte de cultivo de otras épocas, remotas y recientes, me permitió desarrollar una singular simpatía por el entorno; conciliar una relación amable con el urbanismo y edificaciones de un pasado cercano y familiar. El de aquellos conciudadanos.

También, del mismo modo que ellos lo habían contado en casa, me perdería en adoquinados paseos por aquellas significadas esquinas que de niños doblaron. Corrí por las mismas calles que soñaron su juventud, adivinando a iguales personas y personajes. Crucé las plazas hasta descubrirme sentado en aquel banco que, antes y después otros, precisamente ellos, se juraron amor.

Supe de la prudencia, cordura y bien juicio de Antonio Lorenzo, al que pronto conocería demorando una existencia y media vida, a través de HISTORIA MENUDA DE ARRECIFE. Después comprendí que él, don Antonio es red que teje el recuerdo.

HISTORIA MENUDA DE ARRECIFE, como él escribiera, venía a exponer con el nombre de historia, aunque adjetivada de menuda, lo que para muchos ha sido algo intrascendente en nuestro pueblo, pero lo intrascendente adquiere categoría cuando implica seres humanos.

Conocía a Machado. También a Ramón; en cierta ocasión, mi padre le gastó una broma proporcionándole cigarrillos de madera que nunca prendieron. Y a María. Y a Macartur, con quien mi familia compartió afición a la amistad y otras colecciones.

En HISTORIA MENUDA DE ARRECIFE fue que leí con las mismas letras, las palabras preñadas de historia que en casa me procuraban. Quizá de ahí, mi pasión por este libro y devoción por don Antonio, que han determinado el deambular y titubeos literarios de mí incipiente escritura.

La cualidad y calidad y condición de memoria colectiva de Antonio Lorenzo, trasciende más allá de cualquier mérito y significación por su condición de gestor de lo público, que lo fue, o éxitos profesionales. Incluso más que el amor que profesa a su familia. Y de ejercitarla, de estrujar la suya y la de otros, ha heredado un vasto conocimiento que atiende hechos y gentes de su devenir.

MÁS HISTORIA MENUEDA, viene a completar aquel censo de humanidad y menudencias igualmente. HISTORIA MENUEDA DE ARRECIFE, desanda las retentivas y reminiscencias de los recuerdos. Y se empeña en hacer mención y presencia y acuerdo y exposición, de hechos referentes a las cosas y casos y gentes, y de otros de nuestra amada isla.

Es inmunidad a la amnesia saber que, el 25 de Marzo de 1955, las autoridades insulares solicitaban una vez más, que los barcos de la Compañía Trasmediterránea hicieran escala en Arrecife, en sus viajes de la Península al Archipiélago. Existía pesimismo sobre su logro.

Cincuenta y dos años han pasado ya, y seguimos hablando de lo mismo.

Hoy en MÁS HISTORIA MENUEDA, ayer en HISTORIA MENUEDA DE ARRECIFE, mañana otra vez en Antonio Lorenzo. Acudo con frecuencia a ese legado de sensatez, me detengo en sus plazos, para recordar y entender mi vida.

Rafael Fuentes Moreno

Mi agradecimiento para los amigos, compañeros de tertulias y todas las personas que me han contado cosas. No los nombro para evitar dolorosas omisiones, pero ellos saben que han hecho posible este libro y de ahí mi doble agradecimiento: por sus aportaciones y, especialmente, por la amistad.

Antonio Lorenzo

LA COMETA

Cuando llegaba la primavera con sus brisas y sus vientos y las empresas eléctricas y telefónicas no habían enmarañado nuestro espacio con palos, alambres y antenas, se repetía en labios de los muchachos: «Vamos a echar la gometa». Los padres más cultos, o como se diría hoy de forma más complicada y ridícula, más «culturizados», les reprendían diciendo, «cometa», se dice cometa y no gometa. Y, entonces empezaba la búsqueda, detrás de los roperos, de la vieja cometa del año pasado y, encontrada, había que reparar con parches, los agujeros que la adornaban. Si la madre, impaciente por encontrarla siempre como un estorbo, la había botado a la basura, se iniciaba la acumulación de los materiales para construir una nueva. Los más afortunados encontraban tres cañas, dos mayores de igual tamaño y otra más pequeña, para formar el entramado del aparato. Los que tenían menos suerte, se conformaban con tres cachos de «pírgano», resultado de pelar una hoja de palmera o de partir el palo de la escoba vieja, que la madre sí había guardado; un trozo de verga para unirlos por el centro, el «novelo», palabra seguramente de origen portugués, traducido por los más finos en ovillo, de hilo de bala, comprado en San Bartolomé en casa de don Juan Armas y en Arrecife en la ferretería de Leonardo, y que, como una tentación, colgaban sobre el mostrador, distribuidos en diferentes grosores y engarzados en una liña rematada por una tacha, para evitar su caída; se pedían hojas de periódico a los intelectuales del pueblo y, si no había harina para formar la «poliada» pegamentosa, una papa sacada del sancocho, era el pegamento sustituto. Los trapos viejos sacados de la gaveta se hacían tiras para formar el rabo de la cometa. Se dejaba secar el pegamento y se cumplía con el ritual de «echar la cometa». Si cabeceaba, había que añadirle más rabo, o eventual-mente, amarrarle una piedra al final. Las había de muchos tamaños, hasta unas pequeñitas, sujetas con hilo de coser. Mi amigo Antonio Armas, las hacía enormes, con papel de bolsas de cemento y sujetas no con hilo de bala, sino con liña costera y había que amarrarlas a la argolla de los burros, ya que ninguno teníamos fuerza para sujetarla. A lo mejor se dejaba volando toda la noche, con una esquila o cencerro, atado a la cola, por lo que pasaba todo el tiempo «campanilleando». Se llevaba en el bolsillo una reserva de papeles, con un agujero central, para mandar «telegramas». Una ruindad era poner en el rabo unas hojillas de afeitar formando una cruz y que, al pasar por el hilo de otra cometa lo cortaban y, adiós cometa del vecino. Hoy las cometas son de material plástico, casi irrompibles, tienen formas de águila o avión y se manejan con un artilugio que las hace subir o bajar, saltar o caracolear, a gusto del usuario. El caracolear era exclusivo en las viejas cometas «desrasonadas». Aquellas sólo tenían forma de dos trapezoides unidos por la base o, las más sofisticadas, de estrella de varias puntas. «Recoge la cometa», se decía al final y se comenzaba un movimiento de vaivén con la mano derecha, envolviendo de forma artística, «endorando» también era expresión empleada, el hilo de bala en un pequeño palo redondo. La última vez que se «endoraba» en la temporada, es que había pasado el tiempo de la cometa y se guardaba hasta el año siguiente, a menos que la madre cansada de aquel «trasto», la echara a la basura.

POETA Y BOHEMIO

Recuerdo de mi época de estudiante en La Laguna que las paredes de algunos «bochinches» como «La Oficina», se adornaban con poesías humorísticas de don Manuel Verdugo. Al parecer el poeta Verdugo y el gran comediógrafo peruano y también poeta Felipe Sassone eran, además de grande bohemios, grandes amigos y frecuentadores de tascas y bochinches al reclamo del vaso de vino tinto y de los «enyesques». Me cuenta un buen amigo que una de las veces que el escritor recaló por Arrecife, supongo que acompañando a la mejor intérprete de sus comedias y esposa, María Palóu, le remitió a su amigo lagunero el siguiente telegrama: «Para mi amigo Manuel Verdugo, de Felipe Sassone, desde la taberna de Juan el de Soo». Al día siguiente recibió el peruano otro telegrama, en los siguientes términos: «Para Felipe Sassone de su amigo Manuel Verdugo desde un bochinche cualquiera de La Laguna».

DON JUAN PERFUME

Dijo el sabio y «Viejo Profesor» que las promesas electorales tenían por finalidad no cumplirlas, o algo así. Recuerdo en mi niñez a un personaje canario, y cuando digo canario, en terminología lanzaroteña, quiere decir de Gran Canaria. Impecable en su presentación y educación, y de él escribí en cierta ocasión que la primera vez que presencié una gran reverencia y besar la mano a una señora, fue a mi abuela Margarita por parte de don Juan «Perfume». De don Juan sólo sé que venía de Gran Canaria, que su atildamiento le valió el nombre y era algo así como funcionario del Catastro o del Amillaramiento como se denominaba en aquellos tiempos y que, de casa en casa, tomaba nota de las propiedades de los vecinos para incluirlas en aquellos expedientes que no tenían otra finalidad que el que las gentes pagaran los impuestos, las contribuciones, incluido el de las plagas del campo o de los «cigarrones», como se conocía popularmente. Pero al parecer, don Juan también desempeñó otras profesiones o aficiones y, entre ellas, la de la política; y me contaba don Mariano Perdomo que, en cierta ocasión, don Juan acompañó a algún político en campaña electoral. En el desarrollo de esa función recalaron por La Graciosa donde, como remate del mitin, nuestro protagonista se dirigió a los congregados para indicarles que solicitasen de su patrocinado lo que más desearan; que tomarían buena cuenta y harían lo posible por conseguirlo. Un cachondo, que siempre los hay, reclamó para los áridos y resecos terrenos de aquella isla, dos cosechas al año. Y don Juan, con la cara bonachona y la sonrisa que lo caracterizaba, contestó con una sola palabra: « ¡Hecho!».

EL JUSTO MEDIO

Don Rafael era un profesor de filosofía que pasó por el Instituto de Arrecife a fines de los años cuarenta y principios de los cincuenta del pasado siglo. Era muy vehemente en sus explicaciones y hasta violento en algunas ocasiones. A Fernando y a Alejo, que un día pusieron en clase sus dudas en cierta materia, les dijo: «Vamos a la calle y les voy a demostrar la existencia de Dios por cojones». Dentro de la filosofía tenía sus ídolos y un día, en la tertulia del Casino, insistía una y otra vez sobre la importancia de su sabio favorito. «El justo medio, de Aristóteles, es lo más importante que se ha dicho en todos los tiempos. La virtud está en medio, ni en un extremo ni en el otro». Tan pesado se puso, que Emilio le salió al paso: « Mira Rafael. Un día estaba señor Juan «Chabusquillo» el de Haría, trillando en la era. El hijo, un muchacho de pocos años, llevaba la «cobra», aquel aglomerado de camellos y burros, amarrados por el «cogote», a marcha forzada, incitándolos con los golpes de la soga. ¡Juanillo!, le gritó el padre, no lles la cobra ni muy despacio ni muy de prisa. O sea, que señor Juan dijo lo mismo que Aristóteles, pero con mucha más gracia».

LOS CIGARRONES

Como ocurrió cuando la erupción del Teneguía en La Palma, por una fotografía que he visto en la prensa la plaga de langosta africana que hemos soportado estos días, también se ha convertido en una atracción turística. Turistas, cámara en mano, seguían las evoluciones de los temidos insectos. Las plagas de langostas fueron muy frecuentes allá por el tránsito entre los dos pasados siglos, de tal manera que lo que los textos bíblicos señalaban como castigo a los egipcios por desobediencia al mandato divino, parece que se había trasladado a nuestras islas. La realidad es que la falta de medios para combatir las hacía que después de arrasarse las costas africanas su último campo de expansión eran las Islas Canarias. Yo oía contar que se establecían puestos de guardia en las costas para detectar el arribo de las enormes bolas y se hacían zanjas, verdaderas trincheras donde se les combatía con fuego. Posteriormente el descubrimiento de los insecticidas había hecho casi desaparecer el peligro de nuevas invasiones. En mi época de estudiante, allá por los años cincuenta del pasado siglo, ocurrió la que creo fue última gran invasión del temido insecto. Recuerdo que en La Laguna, al salir de clase, una niebla que casi tapaba el sol, poco a poco se transformó en millones de bichos que devoraron todo lo verde que existía en los campos laguneros. En las afueras de la Universidad unos enormes campos de frondosas coles quedaron reducidos a pequeños troncos, y hasta el famoso «Paseo Largo» quedó tapizado de una espesa alfombra que formaban los restos no devorados por la plaga. Me decían que en Arrecife, desde el «Muelle Chico» no se veía el Puente de las Bolas. Lo que quizá ya no recuerden muchos es que nuestros campos estaban sometidos a un impuesto destinado a combatir la plaga y que si bien oficialmente se le denomina algo así como «Impuesto para combatir las plagas del campo» nuestros campesinos preguntaban unos a otros: «¿Ya pagaste la contribución de los cigarrones?».

BICHO

Allá por mediados del siglo XX existía una casa terrera, con las puertas y ventanas pintadas de encarnado, en la calle Real, haciendo esquina a la que posteriormente se denominó General Goded. La casa tenía una ventana con un postigo dotado de unas rejas inclinadas, estilo de los de La Villa, que permitían ver desde el interior, sin ser observados desde fuera. Por las tardes se reunían a coser y bordar y, fundamentalmente a criticar, un grupo de señoras. Todo el que pasaba, y principalmente las mujeres, eran objeto de las lenguas de las bordadoras. El pueblo llano denominó a aquella habitación «La redacción del Mal Bicho».

CASA DE LA CULTURA

Por unas vallas que se están colocando junto a la acera deduzco que por fin se va a iniciar la restauración de la actualmente denominada Casa de la Cultura. Uno de los más característicos edificios de Arrecife y que merece y exige su reincorporación a la vida pública de nuestra ciudad. Y decía que hoy denominada Casa de la Cultura ya que para la inmensa mayoría fue siempre el Casino de Arrecife, pues en este inmueble tuvo durante muchos años su sede aquella institución local. El caserón, creo que por herencia de su madre, vino a la propiedad de don Luís Ramírez González, rico hacendado de San Bartolomé, y más concretamente de La Florida, a quien conocí en mi juventud, hombre educado pero polémico que se enfrentó a curas y alcaldes, y falleció en Barcelona al retorno de su viaje para asistir al Congreso Eucarístico que se celebraba, si no recuerdo mal, en Roma. Don Luís, soltero y sin descendencia, estableció en su testamento una serie de legados entre los que se encontraba el que el caserón pasara a la compañía religiosa de Los Salesianos y destinar los beneficios producidos a la educación de jóvenes lanzaroteños. La edificación ha sido protagonista de diversas anécdotas que lo caracterizaban. Su amplia escalera estaba y está, protegida por un pasamano de madera noble rematada por dos cabezas de una especie de serpiente dotadas de unos afilados dientes blancos que causaban el pánico entre los niños que acompañaban a sus padres y que se resistían a acercarse a los amenazadores bichos. Cuando la Junta Directiva se propuso sustituir el anticuado mobiliario, los grandes sillones de mimbre en los que, desplegados por la acera, charlaban o dormitaban, los «Moros Notables», como se conocían a los socios de alguna edad, por otros modernos, me refiero a los sillones no a los socios, su arribo coincidió con la llegada de algunos miembros de la comunidad salesiana que venían a hacerse cargo de su legado. A partir de ese momento los nuevos sillones, por cierto más incómodos y antiestéticos, pasaron a denominarse eso, salesianos, y se oía a algún socio decir: « ¡Gabriel, tráeme un salesiano! ». Allí, junto a los viejos asientos de mimbre, allá por los años treinta, a un socio que enseñaba a sus amigos una pequeña pistola que acababa de comprar, se le disparó un tiro y, por mucho que se buscó, no apareció la bala. Cuando mi tío Augusto se fue a acostar aquella noche, al sacar las pertenencias del bolsillo, se encontró el pequeño proyectil que se había estrellado contra una gran moneda de plata. Cedido el edificio por los salesianos, albergó durante bastantes años determinadas actividades relacionadas con la parroquia y el obispado. Su actual propietario, el Ayuntamiento de Arrecife lo ha destinado a las actividades que su propia titulación expresa. Esperemos la rápida restauración y la vuelta a la actividad cultural que su historia y estratégica situación permite.

DON ISAAC VIERA

Vi a don Isaac Viera una sola vez, siendo yo muy pequeño, cuando ya estaba físicamente deteriorado, arrastrando los pies por la calle Primo de Rivera adelante, donde al parecer tenía su casa, y con la eterna gabardina que, decían sus contemporáneos, en su momento fue blanca. Tenía su lugar de lectura junto a una de las ventanas del bar del Dulcero, en la calle Real esquina a La Marina, y un círculo odorífero de varios metros a la redonda, impedía que inoportunos interrumpieran su «trabajo». Bohemio, nunca tuvo un trabajo remunerado y vivió con su hermana, maestra, soltera como él. Viajó bastante, pero mucho menos de lo que decía. Comentando yo con un amigo los «Episodios Nacionales» de don Benito Pérez Galdós, me decía que, a pesar de no haber estado nunca en Zaragoza, hace en el episodio dedicado a su defensa, una descripción perfecta de la ciudad, calle por calle y plaza por plaza. Mi primo Polo me comentaba que, siendo pequeño, un día paseando con su padre, se encontraron a don Isaac, quien les habló de Barcelona, y mi primo preguntó al padre, si el interlocutor había vivido muchos años en la Ciudad de los Condes. « ¡Nunca, él no estuvo nunca allí!». Su cultura y su memoria eran tales, que era capaz de hacer lo mismo que con Barcelona con cualquier parte del mundo. Sibarita hasta el extremo, hacía cualquier cosa por una «gallina en pepitoria», al parecer su plato favorito. Me cuenta don Emilio Sáenz que, cuando llegó a Lanzarote el primer avión, uno de aquellos artefactos de lona y maderas, pilotado por Monsieur Lefranc, entre los agasajos dedicados al francés, uno estuvo a cargo del Casino, que encargó a nuestro protagonista hacer el ofrecimiento: «Ustedes los aviadores y nosotros los poetas, somos personajes que siempre estamos en el aire, con una diferencia, cuando aterrizamos, a ustedes los aviadores se les da un gran banquete y nosotros, los poetas, tenemos que conformarnos con el vil salpreso». Para algunos tendremos que aclarar que el «salpreso» era el simple pescado salado, la comida de más baja calidad en aquellos tiempos.

Entre las anécdotas de don Isaac, contaba que, estando en Cuba, fue maestro, él decía «preceptor», de los hijos del sanguinario general y presidente, Machado. Uno de los días que, paseando con sus pupilos por el campo, éstos sacaron sus revólveres e intentaron la «caza del negro», el profesor se lo impidió reprendiéndolos por su conducta. Cuando llegó al Palacio

Presidencial y los niños se quejaron a su padre, el General le dijo: «Viera, recuerda que cogote cortado no retoña».

En una tertulia donde don Isaac daba cuenta de su estancia por esos mundos de Dios, expresando los años en cada una de ellas, un oyente le dijo: «Don Isaac, pare el carro, que ya va por los ciento cincuenta».

Tengo a mi lado su libro «Costumbres Canarias». Un legado hecho de forma amena y con gran humor, del tiempo transcurrido entre fines del siglo XIX y principios del XX, en el que además de dejarnos un documento muy valioso de esas costumbres, nos muestra su gran cultura, excepcional en aquellos momentos. Copio textualmente uno de los párrafos de ese libro: «Desde fecha lejana, en Arrecife había alcaldes no alambicados, sino partidarios del

alambique, autoridades locales más o menos amantes de los líquidos, nos hace recordar el siguiente diálogo, sostenido entre el portero del Ayuntamiento de la expresada ciudad y el presidente de aquella Corporación: -Señor don Fulano, por ahí andan diciendo que usted es un gran borracho. - ¿Si?, no es eso lo peor, contesta el Alcalde. - ¿No es eso lo peor?, Pues ¿Qué es lo peor?, replica el portero. - Lo peor es que es verdad».

PARRANDAS

En aquella época en que no había salas de fiestas ni discotecas en las que la juventud baila y se divierte los siete días de la semana, los grupos juveniles llevaban muy estudiado un calendario en el que se reflejaban todos y cada uno de los sábados en el que los pueblos celebraban bailes en la correspondiente sociedad.

A la luz del «petromax», aparato que se nutría de gasolina y ardía mediante una «camisa» de seda, y a los sones de una pequeña orquesta de aficionados o el ritmo llevado por un timble hábilmente rasgado, las parejas danzaban bajo la vigilancia materna o de la abuela si aquella, comprometida por otros quehaceres, no podía asistir. Aclaro que la camisa de seda del petromax no era de las que forman parte de la vestimenta sino una pequeña bolsa en forma de red que permitía el paso del gas inflamable y protegida por un fanal de cristal impedía que hasta el aliento de cualquier persona la destruyera.

Los prolegómenos del baile eran «echarse» unos tanganazos de vino en el mostrador de la cantina que servían de estímulo a los más tímidos y luego la invitación a la muchacha férreamente escoltada y que accedía, o no, según la mirada de la guardiana. El celo de estas vigilantes era tal, que un amigo me contaba que en el trayecto desde la casa a la sociedad acompañando a unos novios ya formalizados, cuando éstos se salían del radio de luz del concebido farol portado por la señora, ésta le gritaba: «No te alantres Mariquilla».

A una hora prudencial paraba la orquesta, se terminaba el baile y todo el mundo para su casa. Las parrandas de muchachos hacían escala de cantina en cantina y, entre copa y copa, llegaba el amanecer. Uno de estos grupos de Arrecife, muy populares, una vez acabado el baile regresaba a la capital y hace parada en la cantina de un pueblo del trayecto. El cantinero muy solícito les va preguntando lo que cada uno deseaba y Agustín pide un vaso de leche. El cantinero se va a la máquina, llena el vaso y le grita al cliente: « ¿La hervo?» y éste le contesta muy serio: « ¡Herva, Herva!».

SEMANA SANTA

En aquellos tiempos profundamente religiosos se le llamó Semana Santa; hoy con más propiedad se debe denominar semana de vacaciones. Quizá en estas conmemoraciones religiosas es donde más se percibe el cambio social, y la llegada masiva de inmigrantes cuya situación parece ser similar a la que vivimos en tiempos pasados, es la que nos ha hecho reflexionar sobre esa modificación radical.

Recuerdo que la llegada de esos días de religiosidad, o llamémoslos de herencia social, producía un cambio fundamental al que pocas personas quedaban ajenas. La vida pública casi se paralizaba; la gente se movía alrededor de las iglesias, o mejor dicho del edificio de la única existente en Arrecife; un constante entrar y salir en lo que se denominaba «visitas al Santísimo»; las procesiones eran casi diarias, la del Encuentro en que las imágenes del Crucificado y las de María y La Verónica con su pañuelo entre las manos, saliendo por distintos itinerarios, se encontraban en La Plazuela; los Vía Crucis acompañados de aquel cántico de

«Perdona a tu pueblo...»; el Sermón de las Siete Palabras; la procesión del Entierro; las mujeres y algunos hombres de luto riguroso el Jueves Santo; las personas que en esos días tenían algún protagonismo a parte de los curas y monaguillos; recuerdo a don Agustín dirigiendo a los portadores del trono de la Virgen, metidos bajo las andas; las señoras elegantes, incluso con mantillas, cogiendo las cintas; Moisés leyendo los salmos desde el coro; la oscuridad de la Iglesia y los santos recubiertos con telas rojas o negras; y finalmente la Resurrección con una explosión de luz y cánticos de alegría. Hoy todo eso ha pasado. Hasta hace pocos años las ceremonias religiosas estaban acompañadas de unas pocas personas cuyas convicciones o arraigadas costumbres les obligaba a participar. El resto, mayoría, disfrutaba de la semana en playas y viajes. Pero, y aquí viene el examen de la realidad religiosa y social. En los últimos años y fundamentalmente en este, se está reviviendo la pasada situación, creo gracias a esa gran cantidad de personas de origen centro o suramericano que ha llegado a nuestra isla, y que casi protagoniza la asistencia a los actos religiosos. ¿Volveremos todos a las viejas costumbres o esos emigrantes se adaptarán a las nuestras de ocio y vacación? El tiempo lo dirá.

VIENTO

La Revolución Francesa cambió hasta la denominación tradicional de los meses y pasa a llamarlos, de acuerdo con la meteorología reinante en cada uno de ellos, Lluvioso, Ventoso o Caluroso. En Lanzarote tendríamos que denominarlos, a imitación de los revolucionarios galos, no el mes, sino el trimestre de abril a junio, también Ventoso o quizá más original-mente, «Brisoso», ya que las brisas empiezan a denominar manifestándose al principio con cielos nublados, fríos al atardecer y ese «relente» que se cuele desde que salimos a la calle y finalmente con los remolinos, esos mini tornados que aparecen en el horizonte y que, cuando pasan, dejan los hogares llenos de tierra para desesperación de las amas de casa. César, en su corta etapa indigenista, allá por los años cincuenta, plasmó perfectamente esa característica de nuestra Isla en el extraordinario mural del Parador de Turismo que nos presenta a una mujer defendiéndose del viento, agarrada a un árbol con las ramas casi horizontales y una niña que se agarra desesperadamente al traje de su madre. Antonio de Burgos, el insigne humorista andaluz, cuenta que Tarifa, esa punta gaditana que separa el Mediterráneo del Atlántico, en la que reinan continuamente los vientos, tiene una eslogan que grabado en un monumento, dice textualmente: «Tarifa, un paraíso entre dos mares». Un gracioso, harto de soportarlo, completó el eslogan añadiendo: «La mare que parió al viento del Naciente y la mare que parió al viento del Poniente». Estos días, contemplando las ceremonias con motivo del fallecimiento del Papa, hemos visto en determinado momento, que en la Roma de la santidad y la serenidad, también el viento hace de las suyas. Mitras de obispos volando por los aires y sotanas de curas y ropajes rojos de cardenales en posición casi vertical nos demostraron que no solo en Lanzarote se desarrolla ese fenómeno meteorológico en algunos momentos tan molesto; y digo en algunos momentos ya que, en otros nos libra del agobiante calor propio de la estación que ha propiciado que alguien haya denominado a nuestra brisa el «ventilador del Atlántico».

UN DOMINGO EN SAN BARTOLOMÉ

Las ceremonias religiosas con cánticos en latín que las televisiones nos han ofrecido estos días, me han recordado un domingo en el San Bartolomé desde el que Reyes nos habla en su «Rinconcito» y que ella no conoció ya que, por su juventud, en aquellos momentos no se encontraba ni siquiera en aquel París del que, ingenuamente, nos decían que venían los niños. Recuerdo que todo empezaba por el baño en el lebrillo con un poco de agua salida del regador que, haciendo una nueva función, se convertía en ducha manual. Unos repiques musicales de manos del experto Rafael, el Sacristán, verdadero virtuoso del campanario, repetidos hasta tres veces, y finalizados con el de la campana pequeña a un ritmo muy rápido, que nos indicaba que la ceremonia religiosa estaba a punto de empezar, y que la sabia cultura popular denominaba el «ven, ven». Las señoras debidamente tocadas con sus mantillas negras y las muchachas con el velo, que, rampa empedrada de «callaos» en adelante, ocupaban sus sillas con el nombre escrito en el respaldo, mientras los maridos y los hijos mayores esperaban fumando el último cigarro apoyados en la baranda de la plaza, y se comentaba la falta de lluvia o los calores que amenazaban con quemar a la uva.

El monaguillo salía a la puerta y los sonidos de la campanilla indicaban la necesidad de entrar ya que don Víctor estaba a punto de salir por la puerta de la sacristía. El párroco, de origen riojano, con apellido de general suramericano, San Martín, y figura vasca, hacía su entrada solemne escoltado por Rafael, el Sacristán, y unos monaguillos enfundados en su blanco roquete, mientras el otro Rafael, El Sochantre, entonaba en el coro unos casi ininteligibles latines que darían paso a los cánticos perfectamente ensayados por don José María y toda la familia Gil. Mientras las mujeres repasaban el devocionario o desgranaban las cuentas del rosario, los hombres, en los bancos verdes del final, zapatos con olor a betún y el temo azul de los días de fiesta, medio dormitaban cansados de sus labores de seis días seguidos.

Don Víctor ascendía por la escalinata del precioso pulpito salido nada menos que del taller del mejor imaginero que ha existido en Canarias, Lujan Pérez, y que la ignorancia de un cura casi iconoclasta, en nombre de un falso modernismo botó a la basura. Don Víctor con su extraordinaria cultura, no en vano fue amigo y comunicador de Unamuno, casi nos hacía ver a Jesús rodeado de multitudes hablando de bienaventuranzas o subiendo, con sus discípulos al monte Tabor.

El repique solemne en el momento de la comunión, el *Ite missa est*, y finalmente el desfile de los muchachos a jugar, de las señoras a la cocina a preparar el puchero propio del día de fiesta, y los hombres a la sociedad El Porvenir o a las cantinas de Manuel de León o de Rafael Cordobés a repartir la baraja para el subastado. Los domingos por la tarde eran de lo más aburrido, salvado sólo por el juego de la almendra para las chicas, las partidas de bolas junto a la casa de Marcial, el Zapatero, o al lado de la tienda de Pura para los mayores y las visitas entre las mujeres.

DESEMPLEO

Aunque no se haya llegado a ese mundo utópico que el filósofo denominó «sociedad feliz», indudablemente las conquistas sociales, las reivindicaciones que pregonan los profesionales de la política, han logrado en los últimos años, una meta que parecía inalcanzable y que a los trabajadores de fines del siglo diecinueve con aquel grito de « ¡jornada de cuarenta horas!», les parecería un verdadero sueño. Yo recuerdo de mi niñez aquellas colas de personas demandando una verdadera limosna después de haber agotado su vida en un trabajo cuyo final era ese, vivir de lo que los demás quisieran otorgarle graciosamente y sin poder ejercitar un verdadero derecho. Ese derecho reconocido legalmente a través del Instituto Nacional de Empleo de cobrar un salario mientras se está, en paro parece lo más natural, pero se estableció en época relativamente reciente y respecto a esto quiero contarles una anécdota que, dentro de la tragedia de no disponer de un trabajo y de unos ingresos, tiene cierta gracia: En un antiguo edificio, actualmente ocupado por el

Boulevard Spínola, y que anteriormente había acogido las instalaciones de la sociedad de recreo «El Culantrillo», se encontraba «La Sindical», organización político-administrativa en la que se gestionaba todo lo que a actividad laboral se refería. Allí, entre sus funcionarios se encontraba mi buen amigo Rafael. Este me contaba que, cuando se creó por primera vez el seguro de desempleo, una mañana se le acercó un trabajador y con su terminología le espetó: «Don Rafael ¿es aquí donde uno se apunta para cobrar echao?».

COSTUMBRES FUNERARIAS

En nuestros pueblos existían extrañas costumbres de acuerdo con el ritual respecto al fallecimiento de alguna persona. En cada uno de los pueblos existía una especie de recadero a quien se le avisaba desde el momento en que se producía el óbito y que, armado de un buen garrote para defenderse de los perros, iba de puerta en puerta, aunque fuera a media noche, y pronunciaba el ritual: «De parte de la familia de (venía el nombre del difunto), si quieren acompañarlos». Y, se tratara de la hora que fuera, el cabeza de familia se encaminaba a la casa de los «doloridos», para pronunciarle el no menos obligatorio: «Le acompaño en el sentimiento», dando la mano a cada uno de los familiares que se sentaban alrededor de la mesa del comedor, sobre la que se encontraba el correspondiente féretro, cuando no había los modernos tanatorios y el entierro salía de la casa directamente al cementerio.

Las campanas doblaban y en Arrecife, el cura acompañaba hasta «la Raya», que estaba al final de la calle José Antonio, en aquellos tiempos denominada de La Amargura, cerca de la Molina del Fuego. Las mujeres, hasta tiempos cercanos, no asistían a los entierros. Después empezaban a contarse los días, meses o años, según la proximidad del parentesco, del luto. Se iba a la farmacia a comprar los tintes para teñir todas las vestimentas del luctuoso negro; las mujeres no salían a la calle salvo para asistir a la misa y para los hombres era obligatorio no afeitarse durante unos días. En uno de esos actos funerarios, al parecer en el pueblo de La Asomada, uno de los vecinos, poco conocedor de los familiares del difunto, no sabía a quién dirigirse para expresarle su pésame, y, quitándose la «cachorra» y después de la correspondiente «rascada de cogote», dijo:

-¿Quién es el «amo» del muerto?

RECOVA Y CEMENTERIO

Paseando por una ciudad del Sur de Francia nos encontramos un antiguo cementerio convertido en un parque. Los vecinos, sentados en los bancos disfrutaban de la brisa marina, leían las lápidas que les recordaban a sus familiares y amigos o contemplaban los monumentos funerarios que lo adornaban. En Arrecife se cometieron dos atentados contra su cultura y su historia: La demolición del viejo cementerio de La Bufona, con lo que una parte de esa historia desapareció, y la casi destrucción de La Recova. Ahora leemos en la prensa que el antiguo mercado popular se va a reconstruir en parte, y además hemos comprobado, «sobre el terreno», que se han iniciado las obras. Creo que los arrecifeños tenemos que congratularnos con esa medida. Una vez escribimos, por datos tomados de una fuente fehaciente, que «la construyó desde los cimientos, en el año 1859, don Manuel Rafael de Vargas y Mellado, según atestiguaron don Eduardo Coll y Ramírez y don Basilio Cabrera y Torres ante el Secretario del Juzgado de Primera Instancia de Arrecife don Mariano Romero y Palomino. Al parecer tenía dos aljibes tapados de arco y uno tapado de madera, un pesebre, un pozo de agua salada, un excusado, muchas lonjas y tres puerta; y daba a las calles de la Academia por el Norte, Marina por el Sur, Liebre por el Naciente y de La Salazón por el Poniente; y el 18 de abril de 1871, la vendió, representado por don Blas Coll y Carrillo, al Ayuntamiento de Arrecife, representado por el Procurador Síndico don Simón Ballester y Alorda, en precio de cuarenta y cinco mil pesetas, ante el Notario don Francisco Hernández Fierro.

Como se deduce de su descripción el edificio de Caritas, antiguo Hospital de Dolores, era un tendedero para salar el pescado que los barcos traían de La Costa. En antiguas fotografías de la Recova vemos mujeres con sombrero y sobretodo vendiendo; muchachos curioseando y celadores, arrastrando un sable, cuando aún no se habían puesto de moda las porras y que, según el escritor Leandro Perdomo, el jefe, señor Manuel, también retratado, recomendaba a sus subordinados, «no sacar sino en caso de conflictos muy serios y nunca emplear el filo sino dar de plano». Al parecer señor Pepe se tomó tan en serio la recomendación que ni siquiera lo sacaba de la funda y así hacía menos daño antes de llevar al rebelde al «cuarto de los ratones», situado en la misma Recova.

Además de la feliz noticia, deseamos que los encargados de su reconstrucción se asesoren de las numerosas fotografías y de las personas que la conocieron y se recuperen los preciosos arcos cuyas piedras, se dijo en su momento, se habían guardado para el momento de su posible restauración.

GUAYARE

Se le conocía desde lejos porque, en aquellos tiempos, en nuestra ciudad había muy pocos de su color, y por su blanca sonrisa. Guayare, uno de los personajes más populares del ya casi pretérito Arrecife, y que intermitentemente desaparecía y aparecía por nuestras calles, de acuerdo con las zafras pesqueras. Yo lo recuerdo con bastante cariño, aunque mi trato personal se limitara a un saludo afectuoso de muchacho. Lo encontré muchas veces, Callejón Liso adelante, camino de Puerto Naos, sede de la flota marinera. Recuerdo verlo, por última vez, junto a don Agustín de la Hoz, padre del escritor, entre chinchorros y cabos, en el almacén del señor Jordán, junto al mar, y frente al actual Casino.

El otro día tuve la ocasión de hablar con Manolo Jordán sobre la historia de Guayare. Manolo que tuvo la cariñosa idea de bautizar con el nombre de nuestro personaje, y así consta en los documentos oficiales, el edificio que hoy ocupa el antiguo almacén: Edificio Guayare. Al parecer, cuando era niño, un «guayete» se decía entre los marineros a los muchachos de color, fue raptado o robado, de una tribu africana y vendido a alguien que ejercía así como de sanitario o practicante *sajarágüi* en uno de esos puertos de la Costa, que frecuentaban nuestros barcos pesqueros, y que le exigía la entrega de lo que ganaba, ejercitando una especie de esclavitud en medio del mismo siglo XX.

Lo trajo a Arrecife, un armador y patrón, señor de La Hoz, ejerciendo de cocinero en el balandro «El Porvenir» y, cuando el barco pasó a propiedad del señor Jordán, Guayare continuó ejerciendo en el mismo su labor culinaria. De cara redonda y bonachona, vestido con su ropa de dril, soportaba con perenne sonrisa, las bromas que los costeros o la chiquillería le dedicaban. Nunca desembarcaba en los puertos de la Costa, por temor a las represalias de aquel maldito sanitario que siempre se negó a que se le pagara lo que suponía el rescate de la libertad del marinero. También fue cocinero de «La Victoria», otro barco de nuestra flota costera y, ya mayor, después de una larga enfermedad, hace muchos años que murió en el Hospital Insular. Mi recuerdo para un personaje que, nacido en tierras lejanas, fue muy querido por nuestro pueblo.

EL BODEGÓN DE CÉSAR

Si el gran escritor ruso Antón Chejov dijo que «El arte se divide en dos partes, lo que me gusta y lo que no me gusta», mi admiración del César pintor, también se divide en dos partes e indudablemente, a riesgo de ser llamado ignorante por algunos, la parte que me gusta es la primera. Por eso creo muy oportuna la exposición que la Fundación de su nombre ha programado de la producción de los años cincuenta. La mayor parte de los actuales, y fundamentalmente la juventud, solo conocen la etapa abstracta de César. Mi admiración es por la época de su expresión indigenista, quizá catalogada erróneamente por mí, que dio lugar a los murales del Parador de Turismo que, por su ubicación casi nadie conoce, salvo en postales. Siempre comento que el viento reflejado en el árbol inclinado, la mujer agarrada a su tronco y el niño aferrado a su falda, es la más perfecta expresión de Lanzarote. Sus retratos de Paco Matallana, Mary Carmen Sáenz o de María Amparo López; la exposición de monotipos en el antiguo edificio del Cabildo, visitada por el Ministro de Educación Ruíz Jiménez, según me contaba mi madre que lo acompañó; las estampas de la playa de Famara o las deportivas, boxeo, fútbol y baloncesto, que decoraban los muros de la sede de Educación y Descanso, en el viejo edificio de Sindicatos, hoy ocupado por el Bulevar Spínola, o el también desaparecido del bar del Casino de Arrecife, hoy Casa de la Cultura, son mis preferidos. Y no pretendo que todo el mundo piense como yo. Pero había y supongo que existe, y que la Fundación la tendrá catalogado, un cuadro que, en mi niñez, en las visitas que por razones familiares realizaba a la Secretaria del Cabildo Insular, me causaba una gran impresión. Hace muchos años que no lo veo, la última fue en la Casa de Colón de Las Palmas. Sobre un terciopelo granate o rojo, una tarro de cristal lleno de un líquido azul que captaba perfectamente el fenómeno de refracción de un pincel metido dentro. Hablo de memoria ya me refiero a los años cuarenta del pasado siglo, recordando que, al parecer, fue regalo de César al Cabildo en agradecimiento por algún motivo que no está en mi memoria. En determinado momento, según me contaban, algún Organismo oficial de Las Palmas, lo solicitó en préstamo para una exposición con no sé qué motivo. El hecho es que, pese a haberse solicitado en préstamo, muchos años después lo vi colgado en las paredes de la casa de Colón de la Capital de la Provincia. En algún momento, por razones de responsabilidad, me interesé por ese tema, pero mi deseo se estrelló contra algo o alguien.

UN PRESIDENTE DESAMPARADO

En los años ochenta del pasado siglo visitó Lanzarote el Vice-Presidente de Guinea Bissau, Bernardino Correia, que posteriormente fue presidente de la República. Como todo personaje dictatorial, le acompañaba un gran séquito y, entre ellos, unos guarda espaldas morenos, de gran corpulencia. Entre los agasajos que se le hizo por parte del Cabildo figuró la visita a las Montañas del Fuego y, dentro de esta visita, como era lógico, la exhibición de la evaporación del agua y la quema de la ahulaga, con toda su espectacularidad. Guillermo Medina, el hombre más fotografiado del mundo, preparó sus baldes de agua, indicó a los curiosos que se retiraran prudentemente de donde él iba a hacer la operación y el señor Correia, con sus dos guarda espaldas, se colocó, como invitado de honor, en primera fila. Guillermo echa el agua y a los pocos segundos, salió el vapor con toda su sonoridad, y el Vice-Presidente guineano quedó desamparado, pues los dos héroes negros no huyeron más porque la pared del aparcamiento se lo impidió. Seguramente pensaron que aquello era cosa de brujería y lo mejor era poner tierra por medio.

LA FIEBRE DEL ORO

Allá por mediados del pasado siglo, Lanzarote estuvo a punto de soportar el fenómeno californiano de la fiebre del oro. Desembarcó en nuestra isla alguien de corta estatura, mirada ratonil y casi sonrisa de conejo, cuyo pelo negro contradecía a su apellido. Y fueron tantas sus sonrisas que, un importante de nuestra tierra, parodiando al escritor clásico, lo llamó públicamente «Don Francisco el de la sonrisa innumerable». Y, mientras repartía sonrisas, recaudaba pesetas de algunos ingenuos bolsillos lanzaroteños.

No nos explicábamos como nuestros volcanes no resplandecían cuando sus lavas, al decir del recién llegado, contenían tal proporción de oro que, a su lado, eso lo decimos nosotros, el buscado y no encontrado, «El Dorado» americano, sería cosa de broma. Y, hasta nuestro incipiente muelle de Los Mármoles peligraba su continuidad, ya que la riqueza del dorado metal que acumulaban las lavas base de su estructura, haría HI su momento, aconsejable su destrucción y emplear en su construcción un material menos noble.

Y llegó el día de la apoteosis. El alquimista de la sonrisa innumerable, rodeados de generosos e ingenuos y algún que otro curioso, entre matraces, morteros y mecheros, procedía a la trituración de trozos de lava y, es de suponer que, con algún malabarismo añadiría un pequeño fragmento de anillo o de pan de oro al alcance de cualquier decorador, para que al final como prueba irrefutable, bajo la potente temperatura de la llama, surgiera la diminuta gota dorada que convencería al más escéptico. Entre, no los curiosos sino entre los generosos, un señor que no sabemos si por méritos civiles, militares o religiosos, lucía en la solapa una pequeña medalla de oro. Entre los curiosos Pancho, hombre simpático y de humor donde los hubiera, le susurró al oído: «Amigo, no se acerque demasiado no se le vaya a derretir la medallita».

DON RAFAEL

Don Rafael era capitán de la Marina Mercante y, después de sus años de navegación, al final fue nombrado profesor de la que entonces se denominaba «Escuela de Pesca». Era un hombre muy campechano y, como todos esos hombrotos altos, fuertes y algo obesos, muy dado a las bromas y comentarios chistosos.

La incipiente escuela naval, al principio se dotó de un alumnado salido de los mismos marineros, muchas veces casi analfabetos, propio de una sociedad con pocos medios para la cultura en los tiempos de una crisis recientemente terminada la Guerra Civil española y en medio de la Segunda Guerra Mundial. Por eso no era extraño que los muchachos no tuvieran una base suficiente para desarrollar su trabajo. Y, muchas veces sus contestaciones a las preguntas del profesor denotaban esa baja preparación. El comentario de don Rafael, gran aficionado a las cacerías, era: «Mal empleado gofio que te da tu padre, mejor estaría echárselo a mis perros».

EL MARQUÉS

La Marquesa de Santa Coloma y sus descendientes fueron dueños de grandes propiedades en la isla, como consecuencia de ser Lanzarote Isla de Señorío. Entre esas propiedades figuraban las Salinas de El Río, que aun podemos contemplar desde el Mirador. La familia Sáenz fue, tradicionalmente, administradora de ese patrimonio lanzaroteño. Un día don Emilio, me contaba éste, le dijo a señor Juan, uno de los medianeros de las fincas: «El martes póngase la ropa de los domingos, que tenemos que ir, a la llegada del correo, a recibir al Marqués, que viene a conocer sus propiedades en la isla». A primera hora de la mañana, don Emilio y señor Juan, en el Muelle Grande, esperaban el atraque del «Viera y Clavijo», al mando de don Eliseo. Félix y otro marino de La Puntilla ayudan a colocar la pasarela y don Emilio le dice a señor Juan: «Ese que viene vestido de negro, es el marqués». El medianero que de la nobleza tenía la idea sacada de las cartas de la baraja, repartidas en el subastado, empezando por el rey de espadas, que era un personaje con corona, manto de armiño y arma al costado, ve un personaje chico, flaco y para más inri, con una pierna defectuosa y con la palidez que el mareo había producido a lo largo de la noche de navegación, mira para don Emilio y le suelta despectivamente: «Don Emilio, eso...eso no es marqués ni es nada».

DON NEMESIO

Existe en Arrecife un viejo caserón histórico, desvencijado, haciendo esquina a La Plazuela, hoy Plaza de la Constitución, y al callejón del Casino, actualmente calle Artillero Luís Tresguerras, que últimamente fue zapatería, quiero decir venta de zapatos, mercería, cafetería y hasta escuela de música. Me comentaban que en una de sus dependencias estuvo instalado el primitivo Registro de la Propiedad pero que yo no conocí. Allá por los años cuarenta como Hospital Militar, después Jefatura de Automovilismo del Ejército, conjuntamente con la barbería de don Aurelio Ayala, la Agencia de Viajes de don Casto Martínez y la zapatería, ésta sí de arreglar zapatos, de un señor mencionado Campodarve que la explotaba por medio de sus oficiales que martilleaban suelas y cosían roturas y que, finalmente, se convirtió, el caserón, en Cuartel de la Guardia Civil.

Me cuenta don Emilio que, anteriormente a todo esto, fue la «Pensión de don Nemesio». Don Nemesio de la saga de los Rodríguez de Tías que tanto destacó en la lucha canaria con Mamerto y Ulpiano y, recientemente, con nuestro entrañable amigo Manolo, el Pollo de Tías. Don Nemesio emigró a América donde hizo fortuna y, al regreso, se casó en San Bartolomé e instaló una pensión en el edificio de nuestra historia. Y don Emilio añade un par de anécdotas que la enriquecen. Al parecer eso de los «juligan» ingleses no es un fenómeno solo de actualidad. Por aquellos años desembarcó en nuestro puerto un británico borrachín y mal encarado que, por recomendación de un tío de mi amigo, fue a parar a la Pensión de don Nemesio. Una noche en que el inglés regresaba templado, intentó agredir al dueño cuando éste le abrió la puerta. El agredido, ducho en los gajes de la lucha, le pegó una encaderada que lo trajo a tierra; le tiró el equipaje encima y lo puso en la puerta de la calle. Al día siguiente el extranjero visitaba al señor que lo había recomendado para pedirle que hablara con don Nemesio y le dijera que estaba dispuesto a pagarle lo que fuera si le enseñaba la maña de lucha que lo había dejado K.O.

Cuando la Audiencia de Las Palmas se desplazaba a Lanzarote para celebrar juicios penales, los magistrados, especialistas en códigos y leyes, se hospedaban en la Pensión de don Nemesio. Una de las noches, uno de los jueces se dirigió al dueño de la pensión solicitándole un libro, ya que para conciliar el sueño necesitaba leer un poco y el que estaba usando se lo había dejado en Las Palmas. Don Nemesio le informó que el único libro disponible lo tenía su sobrino y que se lo traería inmediatamente para que, suponemos que a la luz oscilante de la vela, del candil o del quinqué, el señor juez, una vez satisfecho su deseo, pudiera dormir tranquilamente. Al poco rato don Nemesio aparece nada menos que con un Código Penal que seguramente el solicitante se sabía de memoria.

GIGANTES Y CABEZUDOS

No se trata de una crónica de zarzuela. Hace unos días, cuando por la calle Real, una comparsa de gigantes y cabezudos iniciaba la marcha seguida de la Banda Municipal, el pueblo le prestaba poca atención. En «aquellos tiempos», las Fiestas de San Ginés (que nunca se llamaron SANGINELES), se iniciaban con una «Diana Floreada», en la que, un carro adornado con hojas de palmeras de Haría y paciente y menudo burro, cargaba con unos pocos músicos que, escoltados por los dos únicos guardias municipales, suficientes para mantener en orden a la chiquillería, era precedida por los «papagüevos», identificados por el pueblo, según su parecido, como doña Elena, Groucho, Paquillo o señor Juan. Anunciada su presencia por los «voladores» que, de la mano del encargado, previo contacto con el Virginio sacado de detrás de la oreja, volaban camino de la explosión mientras de fondo, el repique de las campanas, daba fe de la alegría y colaboración de la Iglesia Parroquial. Después del recorrido, casi al amanecer, seguidos por la tropa de muchachos que, entre gritos y carcajadas, huían del morretazo de los cabezudos o del manotazo de los gigantes que, girando al compás del «Rascayú», los perseguía; una vez despertados por el estruendo los vecinos de El Lomo, La Vega o La Destila, la caravana moría en La Recova, domicilio temporal de los gigantes hasta que, unos días después la fiesta se remataba con otro recorrido más corto y triste. La fiesta había terminado.

EL PINO

El antropólogo francés Doctor René Verneau, que a fines del siglo XIX y principios del XX, a invitación de sus creadores, dedicó unos años a organizar la correspondiente sección del Museo Canario de Las Palmas, cuenta en su libro «Cinco años de estancia en las Islas Canarias» que, el silencio sepulcral que caracterizaba a los pueblos canarios los primeros días de la semana, contrastaba con el bullicio y ruido infernal que en las noches de los sábados producían las peleas, carreras, gritos y sobre todos la música de las agrupaciones y la serenatas que, hasta altas horas de la madrugada, parece que era el mejor entretenimiento para sus habitantes. Colmó su paciencia el sábado de carnaval que pasó en Arrecife.

La electrónica hizo desaparecer aquella costumbre de las serenatas y, las emisoras de radio encontraron un filón en las interminables secciones de discos dedicados, en las que horas y horas, en medio de las cuales se oía el disco musical apetecido o dedicado, el enamorado desgranaba aquellas dedicatorias cursilonas de, «A la niña de mis ojos», o «Para la mujer que quiero», o «Para el hombre de mis sueños» o «Para Pepe en quien estoy pensando siempre» y que para su autor o autora era seguramente, el summum de la originalidad y delicadeza. Previamente se había dicho confidencialmente a la persona a quien se dedicaba: «Pon la radio mañana a las nueve».

El escritor humorístico y periodista de Yaiza, don Isaac Viera, en su libro «Costumbres Canarias», dice que un enamorado no quiso que la serenata que pensaba dedicar a su amada saliera de una voz mercenaria, sino que él personalmente cantaría la correspondiente copla. Y eligió esa canaria cuya primera estrofa es: «En tu puerta planté un pino». Cuando acompañado por los músicos, eso sí pagados, acabó esa primera estrofa, el nerviosismo o lo que los cultos denominan un «lapsus mental», hizo que se olvidara del resto, y una y otra vez repitió los de «En tu puerta planté un pino, en tu puerta planté un pino» hasta que su futuro suegro, o sea, el padre de la amada, salió a la calle y después de unas palabras malsonantes, le añadió: «Lárgate de aquí ahora mismo que, con tantos pinos que has plantado en mi puerta mañana no voy a poder salir para ir al trabajo».

MANOLO EL BETUNERO

Casi todos lo llamaban «Manolo el Betunero» y, para otros era «Manolo el Polizón», pues, al parecer, llegó a Arrecife, de polizón en un barco de paso para América. Yo lo conocí casado en Arrecife y viviendo, con una familia algo numerosa, en un cuartucho, antiguo retrete, existente en el Puente de las Bolas. Era un madrileño con la gracia y la frescura que los de los barrios de su ciudad, nos ha presentado el cine español. Su profesión era esa, betunero, y se le veía, con la caja de los cepillos y los betunes recorriendo la Marina de Arrecife, camino del Casino, para lustrar los zapatos de los Moros Notables, como se denominaban, por alguna relación que no he podido descifrar, con los caciques marroquí, a aquellos socios que se sentaban en la acera de la sociedad.

Recuerdo una pelea de gallos en la antigua Democracia, actuando de soltadores Pancho Fajardo y Tomás Chacón, en la que el gallo de Manolo fue protagonista por su actuación. Finalmente regresó a Madrid con su familia y algunos lanzaroteños se sorprendieron viéndolo de acomodador en un cine de la Capital, «enchufe» que le había proporcionado don Pepe Díaz y don Paco Delgado, conejeros relacionados con la industria cinematográfica. En aquellos años cuarenta, recién terminada la Guerra Civil, Manolo presumía de su amistad con los generales protagonistas junto a Franco. Los Moros Notables se burlaban de aquella «amistad» de Manolo con personajes de indudable protagonismo en aquellos momentos. Un día llega a Lanzarote el Capital General de Canarias, García Escámez. Entre los homenajes que se le hace figura una misa de «campana», junto al viejo Kiosco. García Escámez es rodeado de las autoridades que le saluda, y el General, mira a su alrededor y, en un momento determinado deja a las autoridades a medio saludo, se lanza entre el público, abraza a Manolo y le dice: «Manolo, ¿qué haces tú aquí? Manolo había sido de recluta, el limpiabotas de la Academia Militar, donde se formaron aquellos Generales. A los Moros Notables les decía al día siguiente: « ¿Veis imbéciles que no miento?»».

LA PESCA

Lanzarote tuvo su época esplendorosa de la pesca y nosotros, hace unos años escribimos recordando esos momentos, que poco a poco, fueron desapareciendo del panorama insular. Y recordábamos cuando los marineros se «zafaban» para irse a la Costa. Enrolarse en un barco que posiblemente tardaría hasta seis meses en volver a recalar por nuestro Puerto. Y recordábamos personas, hechos y barcos. El Júpiter y el Mercurio que una señora en su media lengua convirtió en Jupito y Macudio. Y nos venía a la memoria aquel armador y patrón que después haber reunido, con penas y trabajos a todos los marineros a bordo, para celebrarlo, se echaba un par de copas que impedía la partida del barco hasta el día siguiente. Rememorábamos otros nombres clásicos en nuestra flota pesquera: La Inés o El Asturias, la gabarra barriguda, convertida en balandra, de la familia Márquez; La Fermina que dio nombre al islote que hoy, por unas obras poco meditadas, ha dejado de serlo; El Rápido que había que especificar que era de El Bruno, para distinguirlo del otro Rápido de cabotaje; La Rosa, de Guillermo Toledo, transformada en yate de lujo con el dinero multimillonario de la extraña pareja formada por un norteamericano y un griego; aquellos nombres que sonaban a cachondeo, pero que hoy están en el callejero local: Para Un Remedio, El Requito o el Tres Papas, bautizado por don Antonio Bordón. El Roble o El Sobrino, último protagonista de un viaje de ida y vuelta a Cuba, solo ayudado por la fuerza del viento; sin olvidar los botes, las chalanas o las lanchas costeras. Y el viejo, desaparecido y parcialmente recuperado, Muelle de Puerto Naos. Y las nasas y los chinchorros. Todo fue desapareciendo con la entrega a manos extrañas del caladero Canario Sahariano, en el que, desde siglos pasados fundamentalmente desde la recuperación de Santa Cruz de la Mar Pequeña a iniciativa de lanzaroteños, se iniciaron las pesquerías en lo que fue y nunca debió dejar de ser, nuestro mar. Parece que hay esperanzas de que nuestros barcos, si es que queda alguno, y nuestros marineros, si es que todavía los hay, vuelvan a pescar en esos mares. ¿Volverán las gaviotas a revolotear detrás de los camiones, disputándose una sardina? ¿Veremos nuevamente nuestro muelle de Puerto Naos en plena actividad? ¿Los barcos volverán a partir hacia el caladero?

EL TELÉFONO

Hace unos días alguien decía que, reconociendo la utilidad del teléfono móvil, deseaba que se pusiera a la venta uno que solo sirviera para recibir y enviar conversaciones, que no tuviera nada de hacer fotografías, enviar mensajes, guardar números y todas esas ventajas, por llamarlas de alguna forma, que la propaganda comercial nos presenta todos los días. Yo, que necesité varios meses de aprendizaje para poder ejercitar esa simple operación de hablar y escuchar, que cuando he intentado hacer algo más me armo tal lío que desconecto, dejo en blanco o estropeo el programa y tengo que recurrir a mis hijos para que resuelvan el estropicio, vi con algo de envidia, como un muchacho de seis años, conectaba, hablaba, enviaba mensajes o dejaba grabado su retrato en el aparato que manejaba. Todo me trajo el recuerdo de las etapas por las que ha pasado ese hoy imprescindible medio de comunicación. Desde que aquel británico nacionalizado norteamericano Alexander Graham Bell logró, allá por el último tercio del siglo diecinueve, por medio de unos cables eléctricos transmitir unos sonidos que, aunque hoy se pone en entredicho su paternidad, posteriores experimentos permitieron que esos sonidos inarticulados se convirtiera en palabras entendibles, hasta esos sofisticados móviles, han pasados etapas de las que no ha sido ajena nuestra Isla. Yo recuerdo en la aún existente Caseta del Cable, una caja de madera colgada en la pared, de la que salía un largo cable rematado por un pequeño cilindro de bakelita y que aplicado al oído permitía escuchar las conversaciones llegadas a través del cable amarrado a la orilla del mar, y una enorme manivela que girada una y otra vez, permitía hacer llamadas a larga distancia. Ese cable se rompía con mucha frecuencia y veíamos un barco cablero intentando pescarlo del fondo del mar para nuevamente empatarlo y que se resolvió con la creación de la estación de La Atalaya, en Femés, donde Rafael Arozarena escribió su «Maraña». Yo no conocí esas cajas en los domicilios particulares pero sí recuerdo, en la primera etapa, un pesado artilugio de material negro sobre la mesa o adosado a una pared con esa manivela que, después de vueltas y vueltas, al final se oía la voz de una telefonista de la central, ubicada en la calle Real, que decía con voz monótona: « ¿Número?». En aquel Arrecife en que pocas casas y menos establecimientos disponían de teléfono, ni siquiera se contestaban indicando el número con el que se intentaba comunicar, sino que alguien decía: «Póngame con la farmacia de don Rogelio» o «Póngame con la tienda de Arencibia». Me viene a la memoria la anécdota de un funcionario con gran sentido del humor que, después de vueltas y vueltas a la manivela, durante minutos y minutos, sin que se le atendiera, se acercó a la central, que estaban a cincuenta metros de su oficina, y le dijo: «Señorita, ¿me puede poner con el número tal dentro de cinco minutos que ya estaré en mi despacho?». Posteriormente vino el gran avance del teléfono semiautomático en el que para que la señorita te pidiera el número no era necesario darle a la manivela sino que bastaba levantar el pesado auricular. El definitivo paso fue el del automático en que una medita con diez agujeros para introducir un dedo lo llevabas hasta el extremo y volvía automáticamente a su posición inicial, método que aún pervive junto al tablero lleno de teclas con números y signos extraños que, al parecer, dan unas prestaciones que yo desconozco, ya que nunca he intentado usar. Como ya hemos comentado en otras ocasiones, ya dijo don Hilarión en la famosa zarzuela: «Hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad», y yo añado: «Y los muchachos de hoy nos superan a los veteranos».

MEMORIA HISTÓRICA

Hay situaciones que pudieron ser dramáticas, pero que el paso del tiempo ha hecho que desapareciera ese dramatismo e incluso dar lugar a anécdotas que hoy nos pueden parecer hasta cierto punto simpáticas. La mayor parte de nuestra juventud era marinera, estaba enrolada en los barcos costeros y llegado el momento del servicio militar, que era obligatorio, lo desempeñaban en la Marina de Guerra. Casi todas las dotaciones de la Base Naval de Las Palmas eran compuestas por lanzaroteños. Cuando la Guerra Civil de los años treinta y seis a treinta y nueve del pasado siglo dividió a los contendientes en dos bandos, muchos de aquellos muchachos de nuestra isla quedaron en el bando de los vencidos y, como consecuencia fueron internados en centros que, en ese momento, se denominaron «Campos de Concentración». Como decíamos al principio fue una verdadera tragedia para sus familiares ignorantes del futuro de los muchachos. No habían tenido más culpa que haber pertenecido al bando perdedor. Por eso, los responsables vencedores establecieron una fórmula muy sencilla para su liberación. Una simple instancia de sus padres solicitándolo, acompañada de un informe favorable del cura párroco dado la gran influencia que la organización eclesiástica católica tenía entre las clases dirigentes. Me cuenta mi amigo don Emilio que su padre, don Carlos, uno de los pocos abogados que ejercían en nuestra isla, se encargaba de redactar las instancias y don Juan, el párroco de Arrecife, hombre un tanto rudo, pero de gran corazón, firmaba los informes favorables. Y, entre su texto, siempre aparecía a la frase: «Su familia es muy seria, van los domingos a misa y, como buenos marineros, muy devotos de la Virgen del Carmen». Un día don Carlos lo comentó a don Juan: «No le parece que eso de devotos de la Virgen del Carmen, ya está muy repetido». A partir de ese momento el informe de don Juan decía: «...y además muy devotos de La Verónica».

AÑORANZAS

Cuando en el borde de una acera nos encontramos dos postes de madera con una enredina de cables en lo alto, sabemos que una parte de la historia de nuestro pueblo está condenada a muerte. Sin piedad, la picareta o la poderosa pica ignorantes de esa historia, derribarán no sólo unos viejos muros sino también el recuerdo de los personajes que vivieron a su alrededor. Para construir mi casa desapareció parcialmente el viejo almacén de La Destila en el que Maestro Tiburcio construyó una gran parte de la nota pesquera de Arrecife. La Barraca, aquel tinglado que servía de refugio a los carpinteros de ribera que fabricaron otra importante parte de esa flota, dio paso al chalet de los Jordán y la posterior transformación hizo desaparecer el recuerdo del bonachón Agustín de la Hoz, padre, y del no menos simpático Guayare. Alabamos la actitud de sus actuales dueños denominándolo «Edificio Guayare». La librería de doña Nélide fue demolida para que en su solar se construyera el Cine Atlántida. El viejo Instituto de Las Cuatro Esquinas se convirtió en una prolongación cenagosa del Charco de San Ginés. La ermita inacabada se construyó sobre el viejo cementerio de la calle de El Campo, de El Campo Santo como era su verdadero nombre, y que a su vez se convirtió en el nuevo Instituto. El precioso caserón de los Prats, en el que al fondo de la tienda veíamos a don José, pasó a ser un edificio moderno. La mala maniobra de un ingeniero que entendería mucho de su profesión pero poco del mar, cerró la bahía de Puerto Naos e hizo desaparecer, por inútiles, los faros de enfilación, que sirvieron de guía a los barcos que regresaban de La Costa, junto con El Pasadizo y La Playa de los Pobres. De La Molina del Fuego, allá al final de la calle José Antonio, la que llamábamos Carretera de Tías y que anteriormente se denominó de La Amargura, no queda ya casi recuerdo. Casi nadie recuerda que el edificio de Correos se fabricó en el patio donde se celebraban luchadas, don Rafael Fiestas dio los primeros raquetazos que se escucharon en nuestra Isla y Marito y Pedro Eduardo guardaban cabras y gallinas.

Ayer he visto dos de esos fatídicos postes en la calle Canalejas. Otra parte de esa historia y recuerdo de personajes pasarán a eso, a ser historia. La Casa del popular Eutimio, que en su momento fue la churrería de Manolo Famara y el almacén que cariñosamente llamábamos de Pepito Aguja, se convertirán en un moderno edificio de varias plantas. Con ese edificio se enterrará el recuerdo de que, en el almacén un mecánico, el señor Zaragoza, que yo no conocí, reparaba aparatos y construía cocinas de hierro, aquellas cocinas alimentadas con carbón de piedra que fueron un hito de modernización de nuestro pueblo y supuso la superación de los «teniques» para quemar varas y carozos. En ese almacén Pepe Díaz y Francisco Armas construyeron un camión sin motor, movido por tracción humana y de allí salió, rumbo a las escalinatas, felizmente recuperadas, del Muelle Chico, «El Veneno», jolatero artillado de Francisco, rival del otro, también dotado de tirapiedras, de Andrés, El Dulcero. Pero, como dice la frase latina: *Sic transit gloria mundi*.

NAVIDAD

Una vez más hemos de referirnos a la famosa Ley de la Relatividad, formulada por el sabio alemán Albert Einstein. Cuando éramos jóvenes, la llegada de una fiesta nos parecía una eternidad. Se acababa San Ginés y al día siguiente, con tristeza y nostalgia, pensábamos: ¡Cuándo llegará otra vez! Hoy, con nuestros años, y cada vez nos parece que con más frecuencia, decimos: Otra vez Navidad. ¡Si parece que fue ayer! Y este tópico los repetimos no solo diariamente, sino varias veces al día, y con cuantas personas nos encontramos. Sólo la juventud se libra de ese pensamiento. Y estas Navidades, afortunadamente pasadas por agua en nuestra isla, han venido a repetir lo de siempre, misas del gallo, belenes, gastos, algunas veces más de lo debido, y felicitaciones mutuas. Con amigos y con simples conocidos que casi no saludamos habitualmente, nos viene a la boca la frase: Feliz Navidad. Hace unos días, en un programa de una emisora, hombres y mujeres de diversas nacionalidades recordaban la celebración de estas fiestas en sus respectivos países. Y todos, salvo determinadas costumbres locales respecto al menú de la cena navideña, del clima frío o cálido en que se desarrollaban o el horario, todos, repito, coincidían en lo mismo: Deseos de felicidad para los demás. Yo recuerdo de mi niñez y mi juventud, las costumbres navideñas que, salvo raras excepciones, eran casi como las actuales. Esa Misa del Gallo a la que era obligado asistir, casi por decreto, si no de la autoridad administrativa, sí de la autoridad paterna y materna. Y allí en la iglesia alumbrada muchas veces con velas por no disponer de electricidad, somnolientos, oíamos interminables homilías; en un rincón vislumbrábamos un portal en el que muchas veces el Niño era mayor que la muía y el buey, y entraban los pastores al son de las panderetas y de los hierros manejados por los ranchos que repetían un monótono estribillo, al tiempo que hincaban la rodilla ante las figuras principales del belén. Yo conocí en San Bartolomé a don Marcial Perdomo, padre de mis buenos amigos Marcial y José, que desempeñaba al final de la Plaza de la Iglesia, su función de arreglar los zapatos de los vecinos y vecinas, poniendo tacones o añadiendo suela sobre suela y que me contaba mi abuela Margarita, era hijo de albañil y fue en su niñez monaguillo, y que una vez, ante el Portal, cantó o recitó una copla que le había preparado el párroco de turno: “Yo me llamo Marcialillo y mi padre Maestro José yo soy monigotillo y mi padre jace paré».

COSTUMBRES RELIGIOSAS

En los años treinta del pasado siglo, un político famoso dijo: «España ha dejado de ser católica». La siguiente etapa, como en todo momento de reacción política y social fue todo lo contrario, el catolicismo oficial pasó a impregnar toda actividad. No voy a hablar de política o de sociología, sólo es un punto de partida para unos recuerdos de mi niñez y juventud. En la escuela de la plaza de San Bartolomé, el sábado por la tarde el rezo del Rosario, en el que a Juan se le atragantaba lo de *Domus Aurea o el Federis Arca* de la letanía y a la que todos contestábamos, soñolientos por lo reiterativo, con ora pronovis, miserere novis. Los domingos por la mañana, mi madre reunía, uniformadas, a todas las niñas de su escuela, para oír la larga misa que don Víctor celebraba en latín, casulla bordada, de espaldas a los fieles, cuando todavía el monaguillo pasaba el misal colocado sobre un pequeño mueble, desde el lado izquierdo del altar, el lado de la epístola decían los entendidos, al de la derecha, el del evangelio, según los mismos expertos. Música gregoriana en el pequeño armonio que don José María Gil tocaba y su familia y «Rafa», el sochantre, cantaban. El otro «Rafa» era el sacristán. Las procesiones discurrían por muchas calles y, en el día de Corpus, se jalonaban con los altares, adornados con colchas y flores y hasta con retratos de familiares ya fallecidos, que tradicionalmente, determinadas familias, elaboraban en el hueco de una ventana, orgullosos de que la Custodia, más o menos adornada, les hiciera el honor de que El Santísimo se detuviera en su casa. Los palmitos adornados del Domingo de Ramos y que el único que tuve, no lo pude usar porque el Cura Arencibia se lo apropió, por lo bonito que era. El silencio del Viernes Santo, en el que, hasta los pocos coches que había, tenían prohibida su circulación, la música se silenciaba y los bares y cantinas se clausuraban. Sólo el doblar, el tocar a muerto de las campanas. Las señoritas de Arrecife hasta estrenaban sombrero y las señoras se encasquetaban, contra toda tradición y por moda importada por las familias militares llegadas con el Batallón de Lorca, peineta y mantilla negra para acompañar al trono de la Virgen de Dolores y las demás usaban la mantilla tradicional negra, que en Las Palmas era blanca. La visita a la Isla del Obispo Pildain era un acontecimiento que casi paralizaba la vida insular y los misioneros, durante una semana, nos martirizaban con el recuerdo del infierno, al que, al parecer, íbamos a parar todos, con aquella cantinela del Padre Navarro: «Y cayó cadáver, y cayó cadáver». Y el «Rosario de la Aurora» en el que el amanecer de nuestros pueblos se llenaban de la súplica: « ¡Perdón a tu pueblo Señor, perdónale Señor!». En los actos religiosos, los hombres a un lado y las mujeres a otro, sin que valiera el ser esposos o hijos. El pasar el misal del lado de la epístola al del evangelio que antes comentaba, me trae a la memoria una anécdota que un escritor de Las Palmas contaba en su libro «Canariadas de antaño»: Una señora llega apresurada y sudorosa a la Iglesia de San Telmo, sede de la Cofradía de Mareantes, o algo así, y le pregunta al marinero, roncote dice el autor, que en ese momento salía:

-Esta -se refería a la misa-, ¿la alcanzo?».

Y la contestación del marinero, en su lenguaje profesional:

-Esta, ni con tres liñas, hace media hora que pasaron el taburete para estribor».

NOTICIAS PERDIDAS EN LA MEMORIA

El comerciante de Las Palmas, don Antonio Betancourt fue anotando en las libretas de contabilidad de su establecimiento, desde el 17 de enero de 1796 hasta el 18 de octubre de 1807, las cosas cotidianas, la «historia menuda» de su isla.

Yo, que guardo todos los papeles que llegan a mis manos, coleccioné la correspondencia mantenida con mis padres, Antonio Lorenzo y Margarita Martín y con la que en aquellos momentos era mi novia, María de los Ángeles, hoy mi esposa, madre de mis hijos Antonio, Augusto, Fátima, Sergio y Sonia y abuela de mis, hasta ahora, siete nietos, Aday, Hugo, Deyanira, Iván, Rubén, María y Martina. A todos ellos quiero dedicar este libro. Este epistolario corresponde a mi etapa de estudiante en La Laguna y a otros momentos en que estuve ausente de nuestra isla, desde el 21 de julio de 1950 hasta el 25 de septiembre de 1958.

Independiente de la parte íntima y familiar de su contenido, contienen eso, «historia menuda» de nuestra isla, cuyo recuerdo seguramente se ha llevado más de medio siglo de su tiempo.

Don Antonio Betancourt comienza cada uno de sus párrafos con: «En este día...». Las fechas que yo acojo en mis recuerdos deberían iniciarse con: «En la carta del día...», que obvio por innecesaria repetición.

21 de julio de 1950.

Se suspende la procesión marítima de la Virgen del Carmen ante la posibilidad que el Casino celebre baile con motivo de la llegada del Capitán General García Escámez.

3 de enero de 1952.

En el periódico «Falange» un médico advierte que el uso del «hongo» es absolutamente inútil. Recordaremos que el hongo fue eso, un hongo que se cultivaba en agua de té y cuyo consumo se aseguraba era una especie de panacea para todas las enfermedades.

25 de julio de 1950.

Los aparatos de radio están bajando de precio. Uno de cinco lámparas cuesta 850 pesetas.

29 de junio de 1951.

La sociedad Democracia celebra grandes festivales. A instancia del párroco don Lorenzo Aguiar, los católicos hacen un rosario de penitencia en expiación de los pecados derivados de los mismos.

30 de enero de 1952.

Hay un concurso de villancicos entre las chicas afiliadas a Falange y las alumnas del Instituto, que ganaron estas últimas.

1 de febrero de 1952.

Se aprueban las modificaciones del proyecto del Puerto de Los Mármoles y pronto se iniciará su construcción.

Se inicia la construcción de la factoría de Lloret y Llinares. Ya tiene los muros exteriores y las pilas para lavado del pescado. La de Aquilino Fernández y Compañía ya tiene techadas dos naves y va por la tercera.

8 de febrero de 1952.

Una comisión formada por los ingenieros don Ruperto González Negrín, don José Bethencourt Massieu y don Esteban Armas García, perito agrícola, desechan la propuesta del francés Cherigny de uso de maquinaria para los trabajos en los enarenados, por considerarla antieconómica. Cherigny fue un señor francés que estableció una serrería en Puerto Naos y que posteriormente pasó a ser propiedad de don Rafael Fiestas Contreras. Hasta ese momento el aserrado de maderas para la tablazón de los barcos se hacía a mano.

Cierra el famoso «Café de Bonilla», situado en la esquina de la Avenida con la calle Artillero Luís Tresguerras. Su propietario, el popular don Antonio, en espera de marchar a Tenerife, monta una dulcería en la calle Real, esquina a General Goded, en el viejo inmueble de la familia Armas, donde anteriormente estuvo la tintorería «Nuria», primer establecimiento de su clase en Lanzarote, y donde, después de su reedificación se ubicaba la ferretería del no menos popular don Leonardo Armas.

12 de febrero de 1952.

El buque aljibe sacó al «Don», el barco extranjero que, embarrancado en la Playa de Guacimeta, fue posteriormente saqueado hasta dejarle solo el casco y no todo completo. El mismo barco aljibe lo llevó de remolque para Las Palmas.

15 de febrero de 1952.

Se presenta en Arrecife un folleto del «Plan Chamorro», para la explotación de la energía de la Montaña del Fuego y eólica. El señor Chamorro era un oficial de la Guardia Civil, residente en Tenerife. Lo explica en una conferencia en el «Cine Díaz Pérez». (Plan de Riegos e industrialización de las Islas de Lanzarote y Fuerteventura, originariamente fue una selección de escritos aparecidos en la Prensa Regional el primer bimestre de 1948, reescritos y ampliados en 1950 e impreso como libro en la Imprenta Sindical de Santa Cruz de Tenerife en diciembre de 1951, bajo el auspicio editorial de la Mancomunidad Interinsular de Cabildos de la Provincia de Las Palmas).

19 de febrero de 1952.

Llega a Arrecife, en el minador «Vulcano», el Director General de Comunicaciones, para solventar el problema de la construcción de un edificio para Correos y Telégrafos. Se compra el solar en que está ubicado actualmente por 300.000 pesetas, cantidad que parece excesiva.

26 de febrero de 1952.

Pasan barcos de la Escuadra Española, que están de maniobras entre Canarias y África. 4 fondearon frente a Arrecife.

29 de febrero de 1952.

La empresa Construcciones Civiles remata la construcción del Muelle de Los Mármoles. Don Ruperto González Negrín, Ingeniero del Grupo de Puertos informa que ya ha dado la preceptiva autorización para el inicio de las obras.

11 de marzo de 1952.

Visita del Gobernador Civil, que se dirige al pueblo desde el balcón del Cabildo. Facilitó 250.000 pesetas para la conducción del agua de Famara a Arrecife y otras 50.000 pesetas para la ampliación del Asilo de Ancianos del Hospital. Las 250.000 pesetas las devolverá el Cabildo una vez finalizada la obra y se destinarán a construir aljibes en los pueblos del interior.

El «Don», el barco que estuvo encallado en Guacimeta y desvalijado, cuando llegó a Las Palmas, lo compró don Andrés B. Zalá, el que se conocía por don Andrés el Húngaro. Entre el precio y el costo del remolque, pagó 200.000 pesetas y a los pocos días lo vendió en un millón.

25 de marzo de 1952.

Un médico de Tenerife, el doctor Trujillo, al parecer de familia procedente de Lanzarote, invitado por el médico don José Molina Aldana, comienza a hacer operaciones en el Hospital Insular, para combatir la tuberculosis.

28 de marzo de 1952.

Llegan a Arrecife el Ingeniero de la Junta de Puertos, el lanzaroteño don Ruperto González Negrín y personal de Construcciones Civiles, para el replanteo del Muelle de Los Mármoles. Manifiestan que los trabajos se empezarán en el mes de abril.

El Instituto de la Vivienda rechaza la reforma del presupuesto para la construcción de 200 viviendas para pescadores en Puerto Naos.

Fuerte temporal de viento y mar, que invade parte de la Avenida y arrastró un barco hasta la playa frente al Castillo de San Gabriel. El viernes el vapor correo no pudo atracar y volvió para Las Palmas, sin hacer operaciones.

4 de abril de 1952.

El naviero lanzaroteño afincado en Tenerife, don Eduardo Coll, marcha a Madrid con el fin de gestionar el establecimiento en Arrecife de un depósito de gasoil con destino a suministro de la flota pesquera.

Se renuevan los consejeros del Cabildo Insular, cesando don Víctor Cabrera Velázquez, don Rafael Fiestas Contreras, don José de Páiz García y don Eugenio Rijo Rocha, que son sustituidos por don Alfonso Valls Díaz, don Esteban Armas García, don Santiago Cabrera Cullen y don Rafael Cedrés Aparicio.

11 de abril de 1952.

Iberia modifica los días de comunicación de Gran Canaria con Lanzarote, que pasarán a ser de los lunes y jueves a los lunes y viernes.

18 de abril de 1952.

El Boletín Oficial del Estado publica las nuevas tarifas aéreas, a partir del día 1 del mismo mes. Arrecife a Las Palmas, 220 pesetas. Arrecife a Puerto Cabras, 95 pesetas. Las Palmas a Tenerife, 140 pesetas y Las Palmas o Tenerife a Madrid, 1.700 pesetas.

25 de abril de 1.952.

El Delegado en Las Palmas de Boletos de Apuestas Mutuas Deportivas remite al Cabildo una certificación acreditando que desde septiembre de 1951 hasta abril de 1952 se han vendido en Arrecife 19.615 boletos, por un total de 58.845 pesetas.

Se empiezan las obras de ampliación del Instituto de Enseñanza Media consistente en Escuela Hogar, un aula y el salón de actos.

23 de mayo de 1952.

Don Antonio Armas Curbelo compra el «Bartolo» en 550.000 pesetas. Su anterior propietario y patrón don David Martín renuncia a su función. El señor Armas ya es propietario de los barcos «Diana», «Rápido», «Capitán Pérez», «Bartolo» y «Astelena», dedicados todos al cabotaje entre las islas.

27 de mayo de 1952.

Para preocupación de los maestros de la isla, la temida inspectora doña Cándida Cadenas no puede regresar a Las Palmas, ya que el avión, por haberse encharcado el aeropuerto de Guacimeta, tuvo que regresar directamente desde Fuerteventura.

El domingo anterior a esta fecha fallece don Jaime Lleó Mira, Alcalde de Yaiza, consejero del Cabildo y propietario de las famosas Salinas de Janubio.

3 de junio de 1952.

Algunos miembros del Frente de Juventudes de Lanzarote asisten al Congreso Eucarístico de Barcelona.

13 de junio de 1952.

Se celebra el día de Corpus. El Cabildo, los soldados de Aviación y particulares, confeccionan alfombras con arenas de varios colores, sal, aserrín y jable.

Empiezan a llegar los balandros que participan en la regata de San Ginés. Sigue sin llegar los aviones de Iberia por el mal estado de la pista de aterrizaje.

Fallece don Eduardo Reguera, copropietario del Garaje Único, situado en la calle Real.

20 de junio de 1952.

El Boletín Oficial del Estado anuncia el sacar a subasta la construcción de las 200 viviendas para pescadores en Puerto Naos, una vez modificado el presupuesto.

Fallecen dos personas, una en el vuelco de una guagua de las Gildez, junto a la casilla del caminero de Uga y otra al caer de un camión que transportaba arena.

12 de septiembre de 1952.

Se aforan las galerías de Famara. La nueva produce 620 pipas diarias, que unidas a las 80 de la antigua, da un caudal de 700 pipas diarias. (La pipa tiene 500 litros).

26 de septiembre de 1952.

La conducción del agua de Famara ya llega a Mozaga y han construido una arqueta donde los camiones pueden suministrarse por lo que el agua de reparto a domicilio se abaratará de una peseta el cacharro a solo sesenta céntimos por el transporte. El agua la regala el Cabildo.

31 de octubre de 1952.

Llegan de la Península don Domingo Lasso Santana y don Agustín García Hernández, donde, cada uno, ha comprado un barco para dedicarlo a la pesca en La Costa. Don Manuel de la Cruz marcha con igual destino y la misma finalidad.

7 de noviembre de 1952.

Llega el Obispo de Sigüenza, titulado Obispo de Sión, Vicario General Castrense, en visita de inspección a las instalaciones militares. Las autoridades le dan un almuerzo en el Parador de Turismo.

Los camioneros aceptan la propuesta del Cabildo de traer agua de Famara por 90 pesetas cada viaje.

14 de noviembre de 1952.

Se interrumpe el servicio eléctrico por avería del motor.

5 de diciembre de 1952.

El Delegado del Gobierno impone a don Fernando Beisty, funcionario de prisiones y director de la banda de música de Arrecife, la Encomienda de la Orden Civil de Sanidad que le concedió el Ministerio de la Gobernación.

Llega el Jefe Nacional de la Obra Sindical de Colonización para estudiar temas relacionados con los enarenados.

19 de enero de 1953.

Un ciclón que causó grandes daños en Tenerife se sintió en Lanzarote, donde la Comandancia de Marina ordenó el amarre de todos los barcos de la flota.

23 de enero de 1953.

Buenas lluvias para los campos.

30 de enero de 1953.

El Juventud vence, el día 18, al Lanzarote por 8 a 0 y el Torrelavega al Arrecife, el día 25, por 6 a 0.

El día 29 muere don Francisco Hernández Arata, médico, que fue durante muchos años juez de Lanzarote.

Don Manuel Guerra, de Guatiza, que ha establecido con sus hermanos un comercio en la calle Colegio, compra en la subasta de vehículos del Cabildo, el

coche de marca Amilcar, que veíamos conducido por don Antonio González Marrero, capataz de obras de la Corporación Insular.

6 de febrero de 1953.

Al trasladarlo a Puerto Naos, embarranca en la barra el barco de don Francisco Fajardo.

9 de febrero de 1953.

Grandes lluvias en toda la isla que llenan La Vega de Guatiza y causa inundaciones en Arrecife, principalmente en la Plazuela.

13 de febrero de 1953.

El Juventud vence al Torrelavega por 3 a 1 y el Teguisse, en su campo, es vencido por el Arrecife.

20 de febrero de 1953.

Se arma gran bronca en el Estadio. Arrecife 5, Lanzarote 1. Arbitra un soldado al que uno de los jugadores le da un cachetón. Como consecuencia los soldados que estaban entre el público invaden el campo. Comienza a llover y el árbitro se encerró en la caseta de la que los jugadores lo sacaron a la fuerza.

23 de febrero de 1953.

Alarma ante una epidemia de peste bubónica en el continente africano. Sanidad envía a Lanzarote a un técnico para inspeccionar a los barcos que llegan de allí.

27 de febrero de 1953.

Don Manuel Arocha, para los amigos Manolo Famara, es agraciado con el viaje a la Península que rifa la Casa Osborne, para acompañar a la Unión Deportiva Las Palmas en el partido a disputar el próximo domingo.

13 de marzo de 1953.

Ante los continuos contratiempos se rumorea que Aviación Civil proyecta construir en el aeropuerto una pista asfaltada de tres mil metros de largo por ochenta de ancho.

El Arrecife vence al Juventud por 4 goles a 0. Se inician las peleas de gallos ganando el partido Norte al del Sur por 5 a 2.

17 de marzo de 1953.

Muere don José Hernández Arata Notario de Arrecife. Este Notario desde que tomó posesión de su notaría hasta su jubilación no faltó un solo día, ni fue sustituido por otro, a lo largo de su dilatada función.

13 de abril de 1953.

El Gobernador Civil se reúne en el Cabildo con los maestros, la inspectora doña Cándida Cadenas Campos y la Delegada Provincial de la Sección Femenina de Falange, para estudiar los problemas de la enseñanza en Lanzarote.

17 de abril de 1953.

En la «Explanada del Carbón», frente al Castillo de San Gabriel, se inicia la construcción de la Fábrica de Hielo.

El domingo día 19 llega a Arrecife el C. D. Aviación de la Regional para jugar con la selección de fútbol de Lanzarote.

28 de abril de 1953.

Un camión de una empresa lanzaroteña, arrolló y causó la muerte a un hijo de doña Trinidad muy popular en Arrecife, que venía en bicicleta por el camino del muelle, frente al castillo de San Gabriel.

1 de mayo de 1953.

Aparecen pintadas en los muros en construcción de la fábrica del hielo, que se considera un atentado a la estética y a la marina de Arrecife.

Llegan unos ingenieros a estudiar la posible construcción de la carretera de circunvalación de Arrecife que, saliendo junto a las Salinas de Coll enlazará con la de San Bartolomé por la Vega, con la de Teguiise por Tahíche Chico y continuar por el camino de Los Mármoles. Como curiosidad de nuestra parte aclaramos que esa carretera se construyó finalmente a principios de los años ochenta.

Un partido de fútbol entre el Puntilla y el Lanzarote acaba con agresión al árbitro, a quien le rompen las gafas, sustitución por un juez de línea y expulsiones y más expulsiones.

Se empiezan a levantar las paredes de las casas para pescadores de Puerto Naos y se inicia la construcción del Muelle de los Mármoles.

8 de mayo de 1953.

Se plantan unos arbolitos a lo largo de la avenida. Se inicia la construcción, en la calle Real de la casa de los Armas donde, hasta hace pocos años estuvo la ferretería regentada por don Leonardo Armas.

15 de mayo de 1953.

Se constituye una comisión formada por Consejeros del Cabildo para organizar los actos de celebración de la llegada del agua de Famara, que se estima será a fines de este mes o principios de junio.

22 de mayo de 1953.

La Congregación Salesiana, en cumplimiento de las últimas voluntades de su dueño don Luís Ramírez González, comunica a su arrendatario hacerse cargo del edificio de la Avenida que ocupaba el Casino. Un grupo de socios proyecta constituir una sociedad para construir un Casino Club Náutico junto al Parador de Turismo.

5 de junio de 1953.

La Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas de Madrid, comunica al Cabildo haber autorizado al Seminario de Historia Primitiva del Hombre, para realizar excavaciones en Famara bajo la supervisión de su Director y del colaborador don Luís Diego Cuscoy.

Se celebra la festividad de Corpus con la confección de alfombras y altares.

9 de junio de 1953.

Muere en el Hospital una mujer de Tías como consecuencia del incendio de su casa.

14 de septiembre de 1953.

Dos señoras de Arrecife caen al mar cuando paseaban por la noche, por el Muelle Grande. Afortunadamente todo acaba solamente con la fractura de un pie de una de ellas.

28 de septiembre de 1953.

Torrelavega y Puntilla empatan a un gol.

9 de octubre de 1953.

Se inauguran las nuevas oficinas del Banco Hispano, en la calle Real.

13 de octubre de 1953.

Muere don Gabriel Monserrat, veterinario oficial destinado en Lanzarote.

16 de octubre de 1953.

Nuevos horarios, a partir del día 25, de los aviones de Iberia, que llegarán a Lanzarote los martes, jueves y sábado a las 11,05 y partirán a las 11,30.

30 de octubre de 1953.

La Fábrica de la Luz pone en marcha los motores al medio día, para suministrar al local donde Acción Católica ponía en escena una obra teatral.

2 de noviembre de 1953.

Llegan algunos ejemplares de la plaga de langosta que invadió principalmente a Tenerife.

13 de noviembre de 1953.

Incidente en el aeropuerto entre el Delegado de Iberia y el Delegado del Gobierno. Llegaron a las manos.

Se entrega al Cabildo el proyecto de la nueva central eléctrica, con un presupuesto de cinco millones de pesetas.

17 de noviembre de 1953.

Llega a Lanzarote el Ministro de Educación don Joaquín Ruiz Jiménez.

20 de noviembre de 1953.

El Ministro de Educación fue recibido en la Plaza de la Iglesia por las autoridades. Revistó una compañía del Ejército y una centuria del Frente de Juventudes. Entró en la iglesia bajo palio. Visitó el Cabildo, habló desde el balcón, siendo muy aplaudido por el público, el Instituto, Escuela de Artes y Oficios y Escuela Media de Pesca. Confirmó la ampliación del Instituto de Enseñanza Media con un presupuesto de 300.000 pesetas.

Se inaugura en el Cabildo una exposición de pinturas de César Manrique.

Como consecuencia del incidente entre los Delegados del Gobierno y de Iberia, a éste lo destinaron a Barcelona.

27 de noviembre de 1953.

Los 110 voltios que debería suministrar la Fábrica Eléctrica, se reducen algunas noches a 15. En mi casa apagaron las luces eléctricas y encendieron los quinqués de petróleo para poder leer.

30 de noviembre de 1953.

El «bayón», de la película «Ana», causa furor en la isla.

4 de diciembre de 1953.

Se entrega a las autoridades insulares un proyecto y presupuesto de una red de distribución de aguas para Arrecife, por medio de mangueras. El presupuesto es de un millón de pesetas y consiste en una tubería que, saliendo de la Mareta del Estado, con una toma desde las que una manguera de cien metros, lleve agua a cada una de las casas de la población.

Don Domingo Lasso inauguró el día primero de este mes un magnífico comercio.

9 de diciembre de 1953.

Llega a Lanzarote el Gobernador Civil acompañado del Director General de Montes para estudiar los problemas causados por la ola de calor.

15 de enero de 1954.

Como consecuencia del accidente en que dos señoras cayeron al mar, se ha hecho un muro de protección y se ha instalado un grupo electrógeno para iluminar todo el muelle.

21 de enero de 1954.

Se proyecta en Arrecife la película «Lo que el viento se llevó».

22 de enero de 1954.

El Arrecife vence al Tórrela vega por 3 a 1.

Se nombra secretario Habilitado del Cabildo a don Agustín Miranda García, recién desmovilizado del ejército.

Se espera personal a las órdenes de don Antonio Armas Curbelo para iniciar la reforma del alumbrado público.

12 de febrero de 1954.

Se inician los trabajos del tendido de la nueva instalación eléctrica con la colocación de postes y cables.

18 de febrero de 1954.

Debuta en Arrecife, en el Cine Atlántida, el ilusionista Richardi y su espectáculo musical, que causa cierta revolución por las «desnudeces» de las coristas; nada menos que treinta y cuatro. Incluso algún sacerdote en su homilía dominical manifestó su Obligación de advertir a los padres de familia de lo «peligroso» del espectáculo.

19 de febrero de 1954.

Llegan a Arrecife el Gobernador Civil de la Provincia y el Capitán General de Canarias.

Se publica un bando del Gobernador Civil prohibiendo las Fiestas de Carnaval. Incluso se ordena por la autoridad que se quiten las caretas que se exhibían en los escaparates.

12 de marzo de 1954.

La propiedad de la Fábrica de Sifones pasa de don Matías Garcías Franquis a don Bernabé Riverol Bermúdez.

15 de marzo de 1954.

El Obispo, don Antonio Pildain y Zapiain, ordena leer en todas las iglesias una pastoral condenando una editorial del periódico «Nosotros», titulada «Una etapa y un recuerdo», en la que se elogiaba la figura de don Miguel de Unamuno, como ejemplo vivo. El Obispo califica al profesor de «Hereje y maestro de herejías».

26 de marzo de 1954.

El Instituto Social de la Marina acuerda construir una segunda planta en el Hospital para instalación de Rayos X, Onda Corta y Rayos Infrarrojos.

Don Antonio Amas visita Arrecife en relación con la nueva Central Eléctrica que, al parecer encuentra ciertas dificultades.

29 de marzo de 1954.

Llegan los misioneros con una imagen de la Virgen de Fátima, regalo del señor Garriga, militar lanzaroteño.

30 de abril de 1954.

El Arrecife vence al Juventud por 5 goles a 3. Termina la temporada de gallos, venciendo al final la gallera del Sur a la del Norte, por 7 peleas.

Desde el día 1 hasta el 7 de mayo estará abierta una exposición del pintor Manolo Millares. Sus temas son paisajes de los alrededores de Arrecife y resto de la isla. Los precios oscilan entre 500 y 900 pesetas.

7 de mayo de 1954.

El Estado concede al Cabildo 1.415.000 pesetas para la construcción de caminos vecinales, de San Bartolomé a Tías, Mácher a La Asomada y primer tramo de San Bartolomé a La Vegueta.

17 de mayo de 1954.

Muere el comerciante don Sebastián Velázquez. Tenía su establecimiento en la calle Real esquina a Quiroga, y vendía los famosos calzados Dorta, confeccionados en Tenerife.

28 de mayo de 1954.

Por falta de harina se suspende la elaboración de pan, sospechándose que esta situación no se normalizará hasta el mes de julio.

17 de septiembre de 1954.

Explosión en Santa Cruz de Tenerife, a bordo del barco de cabotaje «Astelena», en la que murieron varios marineros lanzaroteños, uno de Tías, otro de Maciot y el tercero de Las Breñas.

Excepcional captura del pescador submarinista, el Doctor Don José Molina Aldana, de la que se hace eco Radio Nacional de España.

24 de septiembre de 1954.

Se inaugura la moderna peluquería de «Carmelo», ni la Avenida, junto al Bar la Marina.

8 de octubre de 1954.

Anuncia su visita para el día 25, el Ministro Secretario General del Movimiento señor Fernández Cuesta y pocos días después los de Obras Públicas y de Justicia.

12 de octubre de 1954.

Marcha a Las Palmas, la selección juvenil de fútbol, para enfrentarse a equipos de la capital. Perdió, pero por escasa goleada.

19 de octubre de 1954.

Bandadas de langostas amenazan llegar a Lanzarote. No causaron daños importantes.

29 de octubre de 1954.

Iberia establece un servicio diario con Lanzarote, excepto los domingos, saliendo desde Tenerife.

5 de noviembre de 1954.

Volvió la langosta. Desembarcó por Janubio, al medio día ya estaba en La Geria y por la tarde en Arrieta. Salió a combatirla el Batallón de Infantería.

El Presidente del Cabildo de Gran Canaria, don Matías Vega Guerra, en unas declaraciones a un periódico de Madrid dice que los daños en su ishi y en Tenerife ascienden a más de cien millones de pesetas.

El temporal de viento hace que el vapor correo del viernes no atraque en el muelle y desembarque pasaje y correspondencia por medio de lanchas en Juan Rejón.

Se empiezan a colocar anuncios de luz neón en la Calle Real, en la Agencia de Aduanas de don Enrique Díaz y la Farmacia Matallana. El de ésta ha costado nada menos que siete mil pesetas.

Su propietario, don Antonio Armas Curbelo, viene para inspeccionar las obras de la nueva central eléctrica.

12 de noviembre de 1954.

El barco «Añaza», de don Pablo García es remolcado desde el Puente de las Bolas, a donde lo arrastró el temporal, al muelle de la Pescadería.

El Lanzarote vence al Torrelavega por 6 goles a 2.

25 de noviembre de 1954.

Por haberse encharcado a causa de las lluvias el aeropuerto, el avión de Iberia no llega a Lanzarote desde hace una semana.

9 de diciembre de 1954.

Una gran tormenta causa la caída de rayos en las zonas altas de la isla y en uno de los molinos de Guatiza. Caen más de 80 litros de agua por metro cuadrado.

21 de enero de 1955.

Llega el nuevo motor de cien caballos para la central eléctrica.

4 de febrero de 1955.

El Club Náutico de Gran Canaria comunica al Cabildo que el Yacht Club de Agadir está interesado en participar en la Regata de San Ginés.

9 de febrero de 1955.

Un incendio, consecuencia de explosión de la cafetera exprés, destruye el «Café de los de Máguez», en la calle Real. Afortunadamente el surtidor de gasolina situado junto a él, no tenía combustible almacenado.

16 de febrero de 1955.

Fallece repentinamente don Miguel Armas Martinón, militar retirado.

18 de febrero de 1955.

Se celebra un partido de fútbol, en homenaje y a beneficio de Bolaños, funcionario de sanidad y árbitro de fútbol, víctima de una parálisis.

4 de marzo de 1955.

Sale a subasta la ampliación del muelle pesquero de Puerto Naos, con un presupuesto de nueve millones de pesetas.

11 de marzo de 1955.

Una niña de cuatro años muere atropellada por un camión en la calle Real. Aunque la atendieron rápidamente en el Centro de Higiene, ya había fallecido, lis hija de doña Dolores Gil, de San Bartolomé.

16 de marzo de 1955.

Muere la popular «Isabelita», propietaria del comercio ubicado en la calle Alférez Cabrera Tavío, esquina a la José Antonio.

25 de marzo de 1955.

El Boletín Oficial de la Provincia inserta una solicitud del señor Ojeda para instalar en Arrecife una fábrica de conservas de pescado.

Las autoridades insulares solicitan, una vez más, que los barcos de la Compañía Transmediterránea toquen en Arrecife, en sus viajes de la Península al Archipiélago. Existe pesimismo sobre su logro.

22 de abril de 1955.

Anuncia su visita a la isla el Ministro del Ejército. La principal ceremonia será la entrega de una bandera al Batallón de Infantería.

Marcha a su nuevo destino en Telde, el único odontólogo de Lanzarote, don Rafael Medina Armas, destacado escritor lanzaroteño que firmaba sus escritos con el seudónimo de «Fidel Roca».

Se está terminando en Puerto Naos la reforma que los carpinteros de ribera están efectuando en el «Bartolo».

29 de abril de 1955.

Se pavimentan las calles García de Hita, Aquilino Fernández y Otilia Díaz.

10 de mayo de 1955.

Llega el Ministro del Ejército, señor Muñoz Grandes.

Al parecer el semanario «Antena» va a ser sustituido por una tirada local del diario «La Provincia». Esto, también al parecer, está supeditado a que los lanzaroteños aporten un capital de doscientas mil pesetas, cosa que no es tan fácil conseguir.

10 de junio de 1955.

Llega el Gobernador Civil. Trae el proyecto de construir 125 casas ultrabaras para alojar a las personas que viven en chabolas. Entrega cien mil pesetas para arreglo de calles y promete otras doscientas mil pesetas para el próximo año. Estudia la terminación de la carnicería y un nuevo edificio para el

Ayuntamiento, construcción de una plaza junto a la Pensión España y otra en el arranque de la carretera a San Bartolomé.

28 de enero de 1957.

En la isla, y especialmente en Arrecife, se contempla la «aurora boreal», fenómeno atmosférico muy pocas veces visto en Lanzarote. Algunos se asustaron.

10 de enero de 1957.

Llegan al Cabildo las reproducciones de cuadros de pintores clásicos famosos que integraran la exposición Iniciativa de los antiguos alumnos del Instituto. Dirige la organización el profesor de dibujo del Instituto don Juan Reguera Castillo, conocido familiarmente por «Juanele».

15 de enero de 1958.

Desaparecen de los comercios el aceite y el café.

23 de enero de 1958.

Llega a Arrecife el cadáver de un militar fallecido de la «Guerra de Ifni», hermano de otro militar destinado en esta ciudad, el Capitán Simón.

27 de enero de 1958.

Se pone en escena en el Cine Díaz Pérez las obras «La Muralla» y «Juan José».

Se refuerza el Muelle Grande con grandes piedras de tres a ocho toneladas.

25 de mayo de 1958.

El barco «Río Mero» lleva para Barcelona 600 toneladas de cebollas.

Grandes capturas de «longarones» por los barquillos de Arrecife.

25 de septiembre de 1958.

Llega a Lanzarote el que fuera Gobernador Civil de la Provincia, don José García Hernández, acompañado de su esposa doña Esmeralda Alexiades. Se le rinde homenaje por la labor que en beneficio de esta isla realizó durante su mandato.